

# EL PUPO DE ELENA

... Tipo Gaga ...



TITO LIZÁRRAGA







## El pupo de Elena



# El pupo de Elena

---

TITO LIZÁRRAGA



2019

---

Tito Lizárraga

El pupo de Elena / Tito Lizárraga ; comentarios de Josefina Carreras ; Mónica Nieva; editor literario María José Bovi ; ilustrado por Cecilia Espinosa ; Marcos Nahuel Escobar ; prólogo de Álvaro Astudillo Mattalia . - 1a ed. - San Miguel de Tucumán : María José Bovi, 2019. 140 p. : il. ; 22 x15 cm.

ISBN 978-987-86-1302-4

1. Literatura Infantil Argentina. 2. Relatos. I. Carreras, Josefina, com. II. Nieva, Mónica, com. III. Bovi, María José, ed. Lit. IV. Espinosa, Cecilia, ilus. V. Escobar, Marcos Nahuel, ilus. VI. Astudillo Mattalia , Álvaro , prolog. VII. Título.  
CDD A860.9282

---

Edición y corrección: María José Bovi  
Maquetación: Álvaro Astudillo  
con tipografía Alegreya de Juan Pablo del Peral

Ilustraciones: Cecilia Espinoza

Diseño de Tapa: Marcos Nahuel Escobar

© 2019 Monoambiente Editorial  
e-mail: editorialmonoambiente@gmail.com

*“...el cuento es que la chica,  
después de preciosa  
era un puñal,  
hundiéndose como un dolor de muelas...”*

IVÁN NOBLE



## Prólogo

El cuento no es solo un cuento. También es poesía. Canciones y mensajes en una botella a la deriva en un río caudaloso del noroeste argentino.

Elena (sin hache) juega a buscar su propio París y desata su propia guerra en contra de la discriminación, la injusticia y sus creencias. Escribe un diario, envía y recibe cartas entre la tranquilidad y el espanto.

Los personajes en esta obra orbitan alrededor de su pupo: papá, mamá y abuela. La Flor. La Ludmila. Mario y Paula. Juan y el Camilo. La Zafiro y Memé... Se prestan las voces y le enseñan el ombligo del mundo.

Ofelia, inseparable compañera, no habla, pero dice todo. Es el socorro, la ayuda. Sabe escuchar. Elena pregunta y encuentra en ella todas las respuestas.

Doña Salomé, la loca del pupo para abajo, llena de flores, dulces y sonrisa luminosa, es quien marca la primera decisión difícil de Elena. Vive rodeada de espanto una vida de sombras y encierros. Conoce el poder de los libros y viaja con ellos.

El lector va a encontrarse con una escritura iniciática que va creciendo con el avance de la lectura. Con reminiscencias de Rulfo y García Márquez, el autor filtra las palabras en su tamiz y pinta una Latinoamérica patente, muy nuestra y extraña.

Sapos azules.

Elefante blanco.

Perra verde.

Blusa amarilla.

Paragüitas, sillas y botellas de colores.

*Todos podemos tener un arcoíris al final.*

Las botellas dejan el río y se suman a un mar inmenso con historias para contar.

ÁLVARO ASTUDILLO MATTALIA



## Pitos, pupos y escapes

Ayer descubrí algo muy curioso: en el pupo no solo está el centro de la locura, sino que cuando somos bebés y estamos dentro de la panza, osea antes de nacer, comemos por el pupo. Sí, por el pupo; y la boca sólo nos sirve pa' chuparnos el dedo o para hacer burbujitas en el agua...ah, eso también, ahí adentro está lleno de agua o algo parecido, no sé bien qué es pero la cosa es que el bebé nada y flota como yo en el río pero con menos espacio porque las panzas de las mamás no son taaan grandes como para que un bebé haga la planchita o de vuelta cabeza, pero es grande, imagínate que ¡tienen a otra persona adentro! Al principio el bebé es chiquitito chiquitito como una arveja, hasta que le van saliendo los ojitos, las manitos y las patitas y está ahí adentro dele vagonetear hasta que se cansa y da pataditas pero nadie le da bolilla y entonces se cansa y decide salir. La Ludmila me dijo que todos salimos por el agujerito por donde hacemos la pis, pero yo no le creo porque ella siempre me miente pa' que yo quede como tonta, como esa vez que me dijo que Papá Noel bajaba por la chimenea y dejaba los regalos, pero nadie tiene chimenea ¿me entendés? Yo sé muy bien que él les da los regalos a los papás y que ellos después los ponen en el arbolito de Navidad porque un día la vi a mi mami que iba despacito y dejaba todos los regalos. Aparte... ¿cómo van a salir por ahí? ¿Vos viste cómo es? Bah, qué vas a ver vos, Ofelia, si no hacés pis. Bueno, el otro día cuando fui al baño me miré y vi que es un agujerito bien chiquitito chiquitito y entonces pensé que nada puede salir de ahí más que la pis; ya voy a descubrir cómo hacen pa' salir porque yo no me acuerdo cómo era y el Tobías no sabe hablar así que no me puede contar todavía. Ayer mi papi lo estaba bañando al Tobías y vi que no tiene agujerito como nosotras, tiene un cosito por donde hace la pis que mi papi me dijo que se llama pito y que todos los varones tienen pito por eso no pueden tener bebés y como a mí me gustó mu-

cho la palabra pito la andaba diciendo y contándole a todos que el Tobías tenía pito porque era varón, hasta que mi abuela me retó y me dijo que soy una cochina y que las nenas no deben hablar de esas cosas y entonces me enojé porque a mí me retan y al Tobías todos le hacen cariño y lo alzan y a mí nada.

Me acuerdo cuando vos no la querías a la pepona Clotilde porque me la trajo Papá Noel, pero al final te terminaste haciendo amiga. Yo no puedo ser amiga de una sí y de otra no porque sería feo, pero me gustó mucho que seas tan buenita con ella, igual te cuento un secreto: vos sos mi preferida. Y una cosa más: decidí que el Tobías va a ser mi amigo pa' enseñarle muchas cosas y lo voy a querer mucho mucho.

## Filosofía infantil

Sentados en la alfombra, Elena y su papá miraban el enorme vientre de su mamá.

— Ahí adentro está Tobías – dijo el padre, señalando la panza de su esposa – estamos esperando que salga.

— Sí, ya sé. Yo antes vivía ahí pero me escapé– contestó Elena siguiendo el vuelo zigzagueante de una mosca.

— ¿Te escapaste?

— Sí.

— ¿No te gustaba estar ahí?

— Sí, pero quería ver el mundo con mis ojos.







## El ombligo

Elena siempre supo que, por una extraña razón, en ese nudito, en el medio de la panza, se alojaba la locura; y sintió terror cuando recordó que Juan le había dicho *pupo raro* un domingo en que sus papis los llevaron al río.

*Pupo raro, pupo raro...* sólo quería decir una cosa: se volvería loca. Ella sólo conocía dos tipos de locas, pero no entendía bien la diferencia. Su papi vivía diciendo que la abuela era una loca del pupo para arriba y su mamá decía que doña Salomé era una loca del pupo para abajo.

La abuela siempre estaba renegando y había cortado el jazmín donde ella se escondía a llorar y de donde robaba flores para olerlas en el baño. En cambio, doña Salomé le guiñaba un ojo cómplice y le regalaba caramelos y usaba vestidos cortitos de lentejuelas de colores y siempre tenía una flor enganchada en el pelo.

Supo, entonces, que tendría que tomar la primera decisión difícil en sus largos cuatro años de vida: si tenía que elegir, ella sería loca de la cintura para abajo porque a ella le gustaban las flores y los colores y los dulces, y sobre todo porque doña Salomé iluminaba con su sonrisa esa calle de perros peliagudos y trenes con retraso.

## Pastas e Iglesias

Todos los domingos a la mañana, en mi casa, comemos fideos con salsa. Mi papá hace los fideos y también hace pan relleno. A mí me gusta el pan que tiene queso y jamón, y me gusta robar bollitos cuando nadie me ve y aunque yo sé que mi papi sabe que robo pancitos y me guiña un ojo y no dice nada porque sino mi mamá lo reta y mi abuela dice que por eso soy tan flaca y panzona, porque como porquerías.

—¿Porquerías? ¿Porquerías? Usted está loca señora ¡LO-CA! Un toro puedo alimentar con esos bollos, ¡un toro!— dice mi papi mientras mueve las manos enharinadas.

Cuando vamos a la mesa nos sentamos en banquetas largas, menos mis papis que se sientan en las puntas de la mesa en sillas. La abuela ya no se queja, pero siempre pone cara de bebé chupando limón.

La salsa está salada y mi papi se enoja y dice que él no fue, que cómo puede ser posible, que alguien o algo debe haber saboteado su salsa. La abuela hace caras y mi papi no dice nada, pero se pone furioso

—¿Cómo que algo?

—No sé señora, un algo, un espíritu, un fantasma, qué se yo...

—Eso es porque no van a misa, la gente de bien estaría volviendo de la iglesia.

—¿Qué iglesia? Eso es un nido de degenerados y pedófilos.

Siguen discutiendo hasta que la abuela dice que mejor se va a dormir la siesta porque si sigue así le va a agarrar un infarto y ahí sí van a saber lo que era bueno...

En mi casa sí creen en dios, pero no vamos a la iglesia porque mi papi dice que está lleno de degenerados y pedófilos. Los degenerados son gente que hace cosas cochinas y los pedófilos no sé muy bien qué serán pero se me hace que son los que se tiran pedos.

A mí me gusta ir a la iglesia porque es fresquita y hay estatuas bonitas de la virgen. Mi abuela es devota de la virgen desatanudos y me lleva a escondidas a la iglesia y me hace rezar con ella. En la iglesia nadie discute, pero mi abuela llora. Dice que llora por su difunto marido – osea, mi abuelito que se murió – y me dice *m'hijita llore, llore por su abuelito que era tan bueno y si la hubiera conocido, la hubiera querido mucho*. Yo cierro los ojos fuerte y me agarra una pena grandota y me largo a llorar. Y lloro y lloro más fuerte y mi abuela me dice que llore en silencio que es la forma de llorar, que no es bueno llorar fuerte porque diosito se enoja peor, y yo no puedo parar de llorar y mi abuela me saca a los tirones y qué vergüenza qué me hacés pasar y yo lloro por mi abuelo el finadito, que era tan bueno él, cómo se va a morir... Entonces mi abuela me compra praliné y yo me pongo contenta y cuando me limpio los mocos con el vestido, mi abuela me dice que soy una cochina y yo le digo que no, que no soy ninguna degenerada y mi abuela me dice *callate nena y vamos*.

Cuando llego a casa mi papi duerme y yo me acuesto en el lugarcito que me hace. Me pregunta de dónde vengo y le digo que de la iglesia. *Mmm de la iglesia...* me dice y me abraza. Me pongo a pensar que no vi a ningún degenerado, ni olí a ningún pedófilo, aunque el señor peladito que estaba sentado adelante tenía cara de malo entonces capaz hace cosas malas entonces debe ser un degenerado pero no estoy segura... sí estoy segura que no olí a ningún pedófilo.

Me estoy durmiendo y me paso la lengua por la boca porque la tengo dulce por el praliné y entonces empiezo a oler un olor raro y me doy cuenta que mi papi dormido se tiró un cuete. *¿Mi papi será un pedófilo sonámbulo?*

## El vestido del divino niño Dios

A mí me gustan un montón las calles por donde están las vías. A veces, cuando tengo suerte, pasa el tren haciendo chique ruidero y tocando el silbato (así digo: silbato, porque si digo pito mi abuela se enoja), es como si se cayeran todas las ollas de la cocina y en ese mismo momento empezara a silbar la olla de vapor y fuera todo un ruiderío, pero uno no se preocupa por que sabe que desde donde sale el vapor está todo bien a pesar del bullicio.

A mí me encanta el tren, pero si no pasa igual me gusta ir por esas calles porque allí ta' doña Salomé con sus vestidos brillosos; casi siempre está de noche por eso yo casi no la veo, por que a mi mamá no le gusta pasar por ahí, dice que ese es un lugar de grandes y que los chicos no tenemos que ver y yo le contesto que ya soy grande porque tomo toda la sopa y duermo con la luz apagada y sin que me cuenten un cuento, aunque a mí me encanta que me lean cuentos, sobre todo esos que tienen dragones y castillos y hay espadas y fuego; y no me lleva, pero mi papá sí, y se queda sonriendo como bobo y doña Salomé lo saluda y la Zafiro le frunce la boca y le parpadea con sus pestañas gigantes y mi papá sonrío y cuando yo le cuento a mi mamá, mi abuela se enoja y dice *esa calle de putos de mierda* y yo le pregunto quiénes son esos putos de mierda y ella me dice que no diga esas cosas y yo le digo que porque ella puede decir esas cosas y ella se enoja mucho mucho y dice que los varones no se visten de mujer. ¡*Ay dios mío!*, así dice y yo no le digo, pero sé que el divino niño que está en su mesita de luz es varón y se pone vestidos rosados y que abre bien grande sus bracitos, exagerado, con su aureola dorada para que nos distraigamos y no nos demos cuenta que usa vestidos rosados para que los changos también usen vestidos si quieren, aunque a las abuelas no les guste y se enojen.

*Te miro a los ojos y no puedo descifrar  
el origen de la tristeza que los inunda;  
tristeza ancestral de hambre, de  
pueblo, de coraje. Miro tus ojos entre  
los otros, entre el bullicio, entre el  
gentío, entre el resquemor inmundo  
de la injusticia; los miro creando  
mundos nuevos,  
forjando esperanzas.*

*Te miro a los ojos y veo una niña  
morena de sonrisa que opaca el  
vestido amarillo. Sentada en una  
hamaca, columpiándose, agitando el  
aire en movimientos de vaivén. Niña  
trenzas, niña maíz.*

*Te miro a los ojos y veo una vieja de  
manos arrugadas amasando pan,  
contando historias, incinerando  
fantasmas a la orilla de la  
melancolía.*

*Te miro a los ojos y veo la rebeldía  
elevada, la utopía hecha carne, la  
libertad hecha mujer.*

*Te miro a los ojos, ellos me miran,  
me sonríen, es casi una revelación.  
Mientras dura esa mirada, creo en el  
paraíso.*





## Feminismo temprano

- ¡Mirá mamá, mi caballa es mujer!
- Elenita, en los animales se dice macho o hembra, no hay hombre o mujer.
- ¿Y mi caballa qué es?
- Es hembra.
- ¿Y no hay macha?
- No, no hay machas.
- Yo digo que mi caballa es macha y listo.



## La libertad

Elena se columpia de una sogá atada a la higuera. Escala con sus bracitos por la cuerda hasta llegar a la rama más gruesa para sentarse ahí. *Mirala a la mona, trepada como chango al árbol.* Elena mira de reojo a la abuela y focaliza su atención en una vaquita de san Antonio que se posa sobre una hojita. La voz de la abuela va disipándose a medida que ella mira caminar el pequeño insecto hacia su mano, se sube a ella y a Elena le gusta. Recuerda que Florencia le contó que cuando una vaquita de san Antonio se posa en el cuerpo de una persona le trae suerte y es buen augurio. Levanta la mano, la lleva frente a sus ojos y mira esa forma redonda que le recuerda al eclipse, el rojo carmesí parecido a la boca de doña Salomé y los lunares blancos como los de los vestidos que usa la curandera Memé; y en ese discutir, la voz de la abuela se va desdibujando hasta que sólo es un susurro sin importancia. La casa de Memé es una antigua casona con puertas gigantes de madera tallada y techos altos, donde el aire se aglomera en la parte superior generando una permanente sensación de frescura y humedad. Está plagada de plantas, flores y yuyos con los que hace té para el dolor de panza, para aplacar la flaqueza de los huesos, las punzadas del hígado o las tristezas del corazón. Con ellas también hace ungüentos para el dolor de lumbares, el pecho tomado o la hinchazón de los tobillos, y las malas lenguas comentan que mediante la imposición de manos y un murmullo en una lengua indescifrable desaloja a los huéspedes que no son bienvenidos en los vientres de las mujeres.

Mucho se decía de Memé, pero poco le importaba a Elena. Ella adoraba a esa mujer de senos generosos y abundantes caderas que movía sin pudores al son de la música, la lluvia o el simple tic tac del reloj de madera: no importaba cuál era el sonido, todo era música para ese cuerpo de ballet inestable.

Memé había preparado un remedio para la pediculo-

sis que invadía la cabeza y la paciencia de Elenita y se lo había alcanzado a Alberto. Una botella transparente con un líquido opaco en su interior, que contenía palo amargo triturado y canela negra con flores de lapacho para apaciguar el olor del palo. El remedio nunca pudo usarse porque las tijeras de la abuela se interpusieron antes:

— Nada de brujerías para mi nietita, no voy a permitir que la metan en ese mundo de macumbas y negros.

Ni la pelea de su papá con la abuela o la huida de los piojos hicieron que el cabello dejara de ser corto o que los chicos del jardín la molestaran diciendo que era un varón.

Ahora la abuela la retaba porque estaba trepada al árbol como un chango. Elenita empieza a recordar y siente ganas de llorar. La vaquita de san Antonio vuela de su mano a una rama y se escucha

— Mirá lo que te traje para que me perdones, nena.

Elena baja de la higuera atraída hipnóticamente por el extraño regalo: mira la jaula y el movimiento hiperquinético del canario por el reducido espacio de las varillas de hierro.

— ¿El pajarito hizo algo malo?

— No, nada.

— ¿Y por qué está preso?

— Ja ja ¡cómo va a estar preso!

— ¿Y entonces por qué está encerrado?

— Para que cante.

— Pero ¿Y si no le gusta?

— Sí le gusta, escúchalo como canta y baila dentro de la jaula.

— ¿Y por qué no le comprás un árbol para que viva?

— Él está cómodo donde está, aparte la jaulita es divina.

— ¿Y si quiere ponerse de novio?

— Y le traemos una pajarita y listo.

— ¿Y el pajarito no elige a la pajarita? ¿Y la pajarita no elige al pajarito? ¿Cómo saben si se aman?

— Los animales no eligen, nena.

— ¿Y por qué no eligen?

— Porque las cosas son así.

— ¿Por qué las cosas son así?  
— Ay Dios, ya vas a entender cuando seas grande...  
— No, no quiero entender.  
— Yo sé que Dios me va a dar la razón.  
— Y a mí la virgencita desatanudos, ¿que no es la mamá de Jesús?  
— ¿Y eso qué tiene que ver, nena?  
— Que es más poderosa porque es su mamá y uno siempre le tiene que hacer caso a la mamá.  
— Ojalá me hiciera caso tu mamá, así se habría casado con Gonzalo Thompson de Las Heras, ¡qué hombre por Dios! Tan elegante, tan simpático...  
— Pero mi mamá lo quiere a mi papi y así va a ser hasta que sean estrellas, porque ellos se aman mucho y es lo único que importa.  
A lo largo de toda su vida, Elenita, nunca comprendió por qué hizo lo que hizo; si por venganza, por justicia o simple travesura. Pero, no lo olvidaría jamás. Esperó la siesta después del almuerzo y se acercó a la jaula; con mano firme quitó el pasador y abrió la puertita.  
— Andá, volá lejos y buscá una novia o un novio, lo que vos quieras. Si te gusta, la higuera puede ser tu casa o me podes visitar cuando quieras, sos libre.  
— ¡ELENA! ¡Qué hacés! – gritaba desde la cocina, la sexagenaria voz, al tiempo que Elenita contemplaba el vuelo irregular de la libertad.



## Los fantasmas de papá

— Papi, me gusta Camilo.

— ¿Quién es Camilo?

— El que va a ser mi novio.

— Pero Elenita, vos no podés tener novio, sos muy chiquita, recién tenés cuatro añitos.

— Bueno...lo dejo para el año que viene...

El padre atónito da una larga chupada al mate mientras piensa que su carrera como guardabosques va a adelantarse mucho antes de lo previsto.



## La comprobación empírica de los fantasmas de papá

El padre escucha, como quien no quiere la cosa, la conversación de los inocentes niños bajo la parra:

— Elena tiene un novio – dice Ludmila, mientras Juan indaga su nariz con el dedo índice.

El padre gira rápidamente su cuello y dirige una mirada de asombro.

— No Lud, no tengo un novio, tengo dos novios – corrige Elena, mostrando sus deditos.

El padre queda petrificado luego de lo que parecía la calma.

## Elena, los príncipes encebollados y los sapos azules

Yo no es que no como porque no quiero, lo que pasa es que no me gusta la cebolla, me da ganas de vomitar, no es que yo me haga la delicada y la nariz parada como dice mi abuela. Mi abuela dice muchas cosas que yo no entiendo. Ella siempre dice: *el día que sepas cuánto sale la empanada del día domingo vas a comer todo* o cuando me porto mal dice: *te 'tas pasando de sapo a pescau*. No sé por qué dice esas cosas, ¿acaso no sabe que en la avenida hay un cartel que dice “empanadas la docena \$80”? Yo lo vi, entonces sí sé cuánto sale la empanada del día domingo, pero igual me da ganas de vomitar la cebolla. Yo había leído en un cuento que los sapos se vuelven príncipes cuando alguien le da un beso sensual, pero nunca que se convierta en un pescado, debe ser que le dieron un beso muy feo al pobre sapito para que se convirtiera en pescado. A mí no me gustan los sapos, yo sé que son príncipes azules encantados, pero es que son babosos y comen bichos ¡puaj! ¡guacala!. Me dan pena los sapitos que eran príncipes azules, que se transforman cuando alguien les da un beso y entonces vuelven a ser príncipes azules y viven felices. Yo no quiero besar a un sapo baboso ¿entonces no seré feliz ni comeré perdices? ¿Y si no quiero un príncipe? — ¡Qué me importa! — dice Elenita, levantando los hombros y haciendo pucheritos con la boca - Yo voy a ser feliz sin besar un sapo, ni comer cebollas aunque a mi abuela no le guste.





## El primer beso

En el recreo, entre paragüitas de colores y harinitas, Elenita y Juan se encuentran en la columna ancha del patio techado.

— Mi amigo me dijo que vos me querías ver – dice Juan mirando la punta de sus zapatos.

— No, mi amiga me dijo que vos querías hablar conmigo.

— Tu amiga es una mentirosa.

— Mi amiga no es ninguna mentirosa.

— Yo no quería hablar con vos.

— Yo tampoco. Además, me dijo que vos querías ser mi novio.

La cara de Juan se pone roja ante la tímida confesión de Elenita.

— ¿Y si te doy un beso?

— Mmm no sé... ¿Eso no es para toda la vida?

— No sé, creo que sí...

— Mi mamá me contó que un beso es para siempre, como los pingüinitos de un lugar donde hace mucho frío, que el novio busca la piedrita más linda que encuentra y se la regala su novia y se casan para siempre.

— ¿En serio?

— Sí. Yo no me quiero separar de mi mamá.

— Yo tampoco de mi papi.

El timbre salvador llega en auxilio de ambos para desbaratar la incomodidad y el patio se convierte en un caos, entre los gritos y correteadas de los otros niños. Juan mira rápidamente la puerta de su grado para salir huyendo, pero algo lo detiene, lo paraliza en el lugar: siente que unas inmensas manos lo aferran, lo atan al suelo mientras una gota helada va le surca el rostro. Los dos miran para todos lados sin cruzar sus miradas, entonces Elena cierra los ojos, se precipita y arroja sus labios contra los de él, que la empuja, y en la caída siente cómo el cuerpo se le puebla de temblores y alegrías.

## Amar a las ofelias

No quiero que Camilo sea más mi novio, es un tonto y encima la seño me retó por su culpa y cuando le cuente a mi mamá seguro me va a tirar la oreja y mi papi me va a retar. Ojalá estuviera lejos lejos, en otro lugar donde la señorita se olvide que le pegué al Camilo y que el Camilo no me moleste. ¿Y si la mamá del Camilo viene y me reta? ¿O si viene la policía? Yo no quiero que me metan presa, a mí me gusta jugar y bañarme en el río y charlar con la luna. Si me meten presa, ¿me dejarán que la Ofelia venga conmigo? sino con quién va a tomar el té, se va a poner muy triste y yo también. Una vez yo me metí en la parte honda del río y casi me ahogo y mi mamá me retó, y yo estaba triste y asustada porque ¡mirá si me moría! No iba a poder jugar nunca más y entonces me fui cerca del árbol ese que le dicen llorón y la encontré a la Ofelia tirada con el pelo sucio y un ojo medio salido y supe que iba a ser mi amiga porque estaba sola y asustada como yo y la abracé y la llevé donde estaban todos y mi mami me dijo *tirá eso que ta' todo sucio*, “no, es mi nueva amiga” y la Flor: *dejala má, yo me encargo*. La Flor es mi hermana más grande, yo la quiero mucho a la Flor porque ella me cuida cuando mis papis están trabajando y me hace la leche con galletas y me enseña juegos nuevos, ella no pelea conmigo por eso la quiero mucho mucho, además ella la bañó y le pegó el ojito a la Ofelia y le hizo unas trenzas y un vestido nuevo, por eso cuando el Camilo empezó a decir cosas de la Flor yo me enojé. Él me molestaba y me molestaba...

—¡Basta Camilo!

—¡Tu hermana es tortillera, tu hermana es tortillera!

—¡Mi hermana no vende tortillas, no seas mentiroso!

Camilo se reía más y aplaudía y decía *tortillera tortillera tortillera* y a mí me agarró una rabieta, como dice mi abuela, y no me aguanté más y le di un sopapo en medio de la nariz y él se puso a llorar y yo me puse a llorar.

Cuando llegamos a mi casa, mi mamá habla con mi papi y yo tengo miedo que me castiguen y me voy al patio con la Ofelia y la abrazo fuerte y cierro los ojos y me acuerdo del día que nos conocimos y le huelo el pelo de lana azul hasta que suena la puerta de tela mosquitera y mi papi se sienta al lado mío.

— ¿Qué pasó en la escuela, Elenita?

— Nada.

— Dale, contame.

— Le pegué al Camilo.

— ¿Por qué? Vos sabés que eso no está bien.

— Porque él la estaba molestando a la Flor, decía que ella vendía tortilla y no es cierto, por eso le pegué.

— No le tenés que dar bolilla, no está bien que te molesten pero tampoco está bien que le pegues, las cosas no se solucionan de esa manera ¿entendés?

— Y también decía que era...lemana, lemana, no sé, no me acuerdo.

— ¿Lesbiana?

— Sí, eso. ¿Qué es lesbiana, papá?

— Es cuando una mujer ama a otra mujer.

— ¿Como para casarse?

— Sí, como para casarse.

— Ah... ¿Y la Flor quiere a otra mujer?

— Sí.

— ¿Y eso está mal?

— No, claro que no. Cada uno elige a quien querer y no importa lo que los demás piensen.

— Yo pienso que mientras se amen está bien.

— Así es Elenita, vos entendés más que el mundo entero, pero prometeme que no vas a pelear nunca más – me dice y nos abraza a mí y a la Ofelia.

— ¿Sabés una cosa, papi? Camilo no va a ser más mi novio porque es un tonto que no sabe nada del amor – le digo y nos quedamos abrazados bajo la planta de uvas.

## La libertad en patas

A mí me gusta ir a la gran ciudad. Siempre que vamos, hay un alboroto en mi casa y es como si fuera Navidad porque todos buscan la ropa más linda y limpita que tenemos y las sandalias con hebillitas brillantes, las zapatillas con cámara de aire que sale en la tele, pero que no es la que sale en la tele porque mi hermana me dijo que las cosas que salen en la tele no las venden en la feria, que ahí todo es trucho. Yo le dije que para mí son iguales y ella me dijo que en la feria es muy barato y que no hay chance que sean las originales y yo le digo que mejor que no salgan tan caras así me llevan a tomar un helado después. Ella me dice que soy una tonta y yo le digo que más tonta será ella que solo le importa la plata y ella me dice más tonta sos vos porque si no hubiera plata como tendría todo lo que quiero y yo le contesto que para eso están los papás y ella me dice ¿ves que sos una tonta? Entonces mi papá entra a la pieza:

— Meta chinitas, a cambiarse porque si no la mamá las va a dejar – nos dice.

Ahí nomás nos apuramos con la ropa, pero no dejamos de pelear. En el colectivo nos íbamos sacando la lengua y haciéndonos así con el dedo hasta que mi papi se cansó y nos dijo que no íbamos a tomar helado si seguíamos así, así que nos quedamos tranquilitas tranquilitas.

La cosa es que fuimos a la ciudad, nunca me voy a olvidar de ese día... Era un ocho de julio, me acuerdo que era un ocho de julio porque al otro día era nueve de julio y en casa todos los nueve de julio hacen una fiestita más grande que la de la escuela porque mi papá dice que es el comienzo de la Independencia de la Patria, aunque muy bien no sé qué es eso de la Patria. Ese día, mi papi cocina asado y mi mami prepara las empanadas, comemos mucho mucho y mi papá toma vino y toca la guitarra y grita ¡*Qué viva la libertad!* Yo le pregunté una vez que qué era eso de la libertad

— Es como cuando abriste la puertita de la jaula para que el pajarito pueda escapar y volar a donde él quisiese, porque nadie tiene que estar encerrado – dice mirándola a mi abuela que lo mira con cara de caramelo *media hora* pero no dice nada y frunce la boca como esas pasas de uva que le ponen al pan dulce y que las separamos del pan porque no nos gusta.

Es lindo ir a la ciudad porque siempre nos llevan a una heladería que se llama Arlequín, que es como un payaso pero no tanto, algo así, no le entendí bien a la Ludmi, la cosa es que esa heladería es la más linda de todas porque adentro tiene unos silloncitos y afuera unas sillas de muchos colores. Nosotras nos sentamos en la vereda mirando cómo pasa la gente bien arreglada y perfumada, con bolsas grandes de papel que seguro adentro tienen regalos. Toda la gente es pituca en la ciudad y anda apurada: hace pasos bien largos o cortitos y rapiditos como los chanchitos. Ese ocho de julio que estábamos sentadas esperando que mi papi salga de la heladería, un changuito se acercó a nuestra mesa de colores y nos dejó una tarjetita que tenía la fotito de la virgencita desatanudos y yo le dije gracias y él me miró y se fue. Tenía el pelo duro el changuito y me miraba como si hubiese perdido un juguete. Al ratito mi papá volvió de adentro y me preguntó qué pasó y cuando le conté, me dio unas monedas y me dijo *tomá, andá a darle*. Yo fui corriendo y lo alcancé en la esquina y cuando lo tuve cerca me sentí bien porque me di cuenta que yo era más alta, y eso que yo soy la más petisita del jardín, pero al ratito ya no me sentí tan bien porque le vi las patitas al aire y pensé que capaz le hacía frío porque los ocho de julio siempre hace frío y entonces cuando me di cuenta, yo me estaba desatando los cordones.

— Tomá, mi hermana dice que no son las que salen en la tele pero igual son bien facheras.

— ¿En serio?

— Si, vos me regalaste la virgencita, tamo a mano – Se las puso, me dijo gracias y se fue bien rápido, como el dibujito del corre-caminos.

Ese ocho de julio mi papá me alzó en sus piernas y me preguntó por qué había hecho eso y yo le conteste que para que pueda correr por donde quiera y él me abrazó muy fuerte y dijo *mañana va a ser el mejor día de la independencia que vamos a celebrar.*





*El sol juega a las escondidas, asoma  
la cabeza y se vuelve a ocultar detrás  
de unas nubes. Te fastidiás y las  
mirás deslizándose por el cielo.*

*Aparece un elefante blanco, una vaca  
de nieve, una hormiga albina que  
se esfuma lentamente como el humo  
de un cigarrillo. Pensás en la suerte  
que tienen por ser etéreas y abrazarse  
con el sol y mecer a la luna y usar el  
arcoíris como tobogán.*

*El sol desiste de su juego infantil. Se  
escabulle por la nube que lo oculta.*

*Te besa las mejillas, te acaricia el  
cabello y tiñe tus manos de un suave  
color naranja que va abrazando todo  
tu ser mientras vos dibujás certezas  
disparatadas de crayón y grafito.*





## La sonrisa de la luna

Elena camina, apura el paso, corre y se encierra en su casa. Sube hasta su habitación, se acerca en silencio hasta la ventana, desliza la cortina rosada y mira al cielo.

— La luna se disfraza pa' que yo no me dé cuenta que me persigue, pero ya le descubrí todos sus disfraces. A veces parece una pelota o una herradura y es anaranjada o amarilla o gris o blanca...— le cuenta a la Ofelia que la mira con sus ojos de plástico duro.

Al principio, Elena tiene miedo, no quiere salir de noche, espía por la ventana para ver si la luna está afuera y siempre la encuentra esperándola, acechándola en lo alto del cielo. *¿Qué quiere la luna de mí? yo no le hice nada*, reflexiona mientras toma el té con Ofelia. Elena piensa y piensa que la cosa así no puede seguir y entonces decide hablar con ella esta noche.

— Perdoname Ofelia, pero éste es un asunto entre ella y yo, no te enojés — dice.

Sale al patio, se acuesta en el pasto con las manos cruzadas tras la nuca. Elena habla y le habla, le cuenta de Camilo, de Ofelia y de las travesuras que su papi le hace a su abuela, hasta que la llaman a cenar.

Al otro día, la luna está con sus puntas para arriba.

— Mirá la luna — dice la mamá mientras hace el repulgue de una tarta de verduras — está en cuarto menguante.

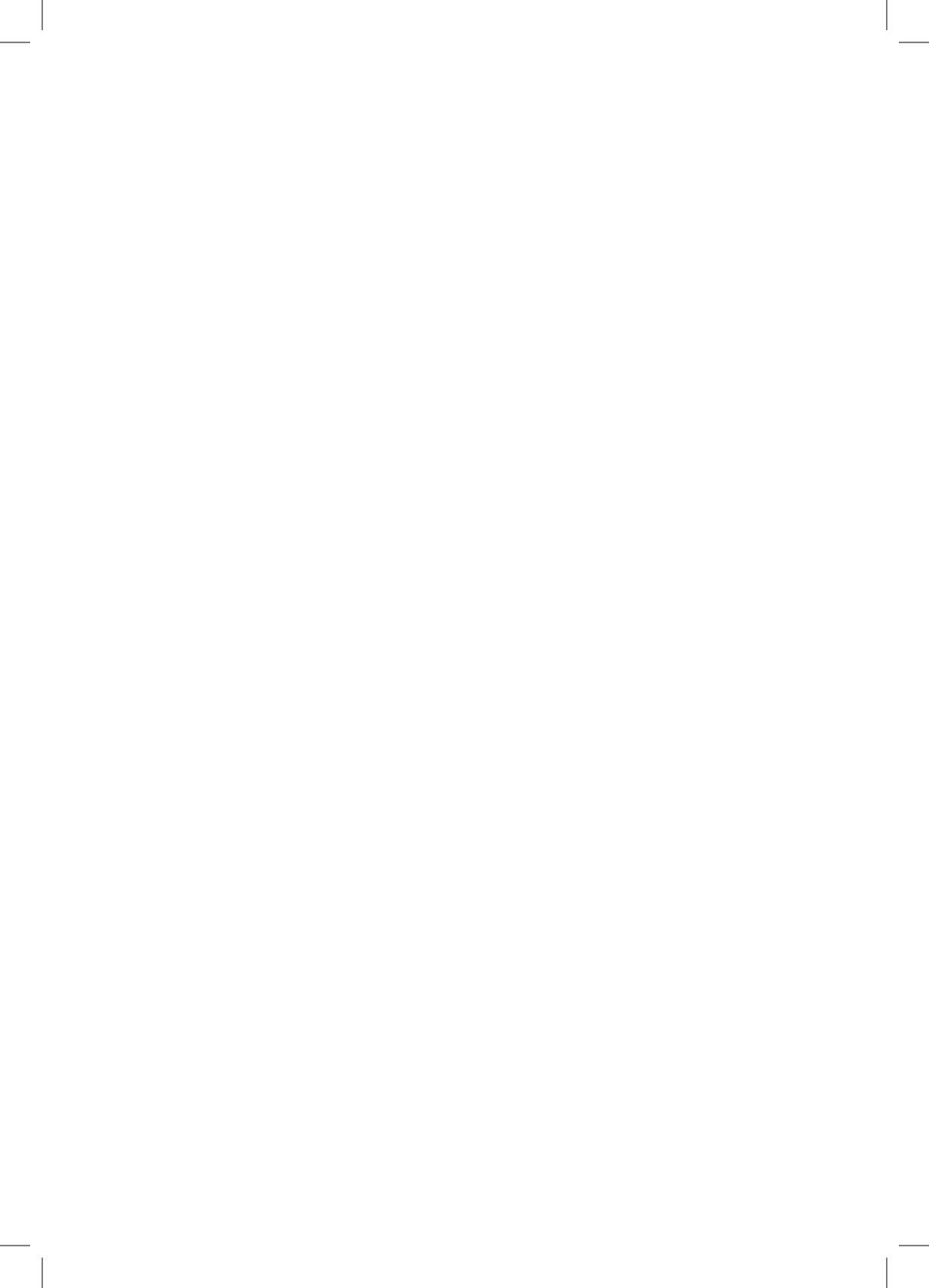
— ¿En dónde?

— En cuarto menguante, que es cuando la luna parece un semicírculo.

— Mentira, la luna está sonriendo. Sonríe porque yo le cuento secretos — dice Elenita, y se va de la cocina.







## El pequeño sol

En el patio de tierra una parra se erige sin direcciones establecidas y teje un colchón de sombras casi impermeable a la luz del sol. A Elena le gusta eso, le gusta poder distinguir los rayitos entre las hojas que su papi utiliza para cocinar niños envueltos.

— ¿Niños envueltos? — preguntó aterrorizada cuando don Alberto le pidió que lavara las hojas que estaban en la mesa.

— Sí, niños envueltos, niños como vos que se portan mal...

— Ludmila, dejá de asustar a tu hermana; y vos Elena, apurá con las hojas que acá nadie se come a nadie — sentencia el padre desde la cocina.

Elena se acerca despacito:

— ¿Por qué se llaman niños envueltos?

— Y porque parecen bebés envueltos en mantas.

— No es lindo, ¿a vos te gustaría que haya padres desenvueltos?

El padre se ríe y le vibran los bigotes y los mofetones del rostro:

— Deberían, deberían...

— No te rías, no es gracioso.

— Tenés razón, perdoname.

Elena vuelve al patio y juega a agarrar los rayitos. Los agarra, pero se le escapan. Son impalpables aunque los vea con nitidez, los ve bien claritos y piensa que son decenas de pequeños soles reunidos en su patio, en su casa. Juega a que cada rayo de luz que golpea sobre la tierra es una pequeña isla y ella una naufraga andariega en busca del arcoíris que salta de isla en isla esquivando el mar de tierra y sombra que empantana el patio. Antes, pensaba que al final del arcoíris había un duende que custodiaba una olla repleta de oro, hasta que Juan le enseñó a hacer su pequeño arcoíris portátil: con un diminuto espejito sumergido a medias en el agua, hacía reflejar la luz del sol hasta que, sobre un papel, iban apareciendo los siete colores. Desde aquel día cargaba en su bolsillo un espejito, *porque todos podemos tener un arcoíris*, pensaba.

El final del juego consiste en llegar, sin caerse, a la enorme higuera donde el sol ilumina de lleno las hojas y los jugosos higos, y provocar el andamiaje que eche a andar el arcoíris. Como se dio cuenta que no tenía un papel, probó hacerlo en su remera blanca y al ver los colores sobre el algodón, descubrió todo: *los duendes son las personas que custodian el arcoíris y la olla de oro son nuestras almas.*

## El río

Yo siempre me baño en el río, bah, casi siempre que me lleva mi papá. Cuando mi papá dice *vamos a comprar, Elenita*, yo le digo bueno, así como haciéndome la tonta, pero sé que en realidad nos vamos a escapar un ratito al río, pero como a mi abu no le gusta que vayamos al río porque dice que es peligroso y empieza a armar una rabieta grande grande que mí mamá se enoja y lo reta a mi papá y mi papá se enoja con mi abuela y la reta y a ella le empieza a subir la presión y entonces parece que le va a agarrar un patatús de esos que te dejan seco seco seco, pero al final no le pasa nada y sigue vivita y coleando y todos enojados y yo sin ir al río; entonces, con mi papá, decimos que vamos a comprar pero en realidad nos vamos a bañar al río, bah, yo me baño, me saco el vestido y me meto en bombacha mientras mi papá se arremanga el pantalón y mete las patas y prende un cigarrillo y hace circulitos de humo mientras yo hago circulitos con el dedo índice en el agua. Son lindos los circulitos porque duran un suspiro, como todas las cosas lindas, por suerte podemos hacer circulitos las veces que queramos, es solo cuestión de querer. Por suerte papá siempre quiere y yo también así que nuestra vida es un suspiro laaargo.

Cuando volvemos a la casa mi mamá me mira el pelo mojado y me dice *¿Había mucha agua en la tienda?*, un poco le digo y se acerca a mi papá y le dice *¿Y había mucho humo también?*, un poco dice mi papá y ella le da un beso en la boca sonriendo mientras mi abuela achina los ojos desde la mecedora en un rincón.

## Los amores imposibles no existen

Todas las noches mis papis ven una novela en la tele que, según la Ludmi, es muy fogosa. Yo no sé qué es fogosa pero imagino que es del fuego. A mí el fuego me gusta porque tiene muchos colores y se mueve para todos lados y cuando se está quemando hace ruiditos como si se estaría rompiendo. Yo les digo que quiero verla, pero no me dejan porque dicen que soy muy chiquita y además porque tengo que ir temprano al jardín y yo hago pucheros y me cruzo de brazos y mi papi me lleva alzando y me acuesta en la cama y me da un beso en la frente y dice: ¡ay! *esta chinita...* mientras suspira.

Cuando ellos no me ven, bajo despacito por las escaleras y espío un poco. En la novela hay un renguito que es muy malo y que no la deja a su hija ver a su novio...

— Es una pelotuda – le dice mi papi a mi mamá – que se busque otro y se evita tanto quilombo.

— No es tan fácil Alberto, ellos se aman...

— Es al pedo, no los van a dejar verse y ellos lo saben muy bien...

— Cuando uno ama a alguien puede... se da maña como sea – dice mi mami.

— Sos hermosa, ¿sabés? – le dice mientras la abraza y me ve escondida. Me guiña un ojo y me hace señas pa' que me vaya a dormir.

Yo subo despacito y me acuesto en mi cama, desde ahí se ve la luna que entra por la ventana.

En la mañana mi abuela habla de un eclipse y yo le pregunto qué es eso del eclipse y ella me dice que es cuando el sol y la luna se dan un beso.

— Antes – dice – el sol y la luna eran novios pero no los dejaban verse, por eso uno sale de día y otro de noche.

— ¿Y no se volvieron a ver más?

— Se ven cada mil años nena, cuando hay un eclipse.

— ¿Y qué hacen mientras tanto?

— No sé, siguen su vida, nena; la vida no se acaba por un amor. Yo me quedo pensando que es una historia triste. ¿Cómo no se van a ver más? ¿Qué no era que se querían? ¿Los que se aman no tienen que estar juntos, acaso? Mientras pienso, miro al cielo y descubro que se ve una rayita finita finita que es la luna que está como escondida y casi no se la ve. Y entonces pienso que la luna engaña a su papá, que debe ser malo como el renquito de la novela, y lo ve a escondidas a su novio el sol; y que la chica de la novela debe hacer lo mismo y que la abuela se equivoca y que mi mami tiene razón: *cuando uno ama a alguien, como puede se da mañas...*



*Hay muchas frutas que te atraen del  
cesto de la mesa: la manzana, de roja  
panza al sol, el rebaño comprimido  
de uvas moradas, las curvas cerradas  
de esas bananas. Tu mano se acerca  
despacio a todas, pero la inquietud  
de tus dedos acaricia la rugosa piel  
del durazno que ostenta orgulloso la  
fundición de sus colores. Lo tomás con  
las yemas de los dedos, lo acercás a  
tus labios, se entreabren en bostezo,  
aparecen mordaces tus dientes que se  
clavan, perforan, penetran la cáscara  
y desgarran la pulpa y ríos de jugo  
sobre tu boca. Todo es una fiesta de  
sabor. Hecha la herida, los labios  
se apoyan rodeándola, la acarician  
como beso. Y vas masticando suave  
cada pedazo... Cerrás los ojos, inhalás  
profundamente todo el aire que podés,  
penetra tus pulmones y pensás ahí lo  
dulce que puede ser la vida.*





## Me gustás mucho

Cuando el *me gustás mucho* escapó de la boca de Juan, una rara corriente rodeó cada palabra que salía de su boca, cercándolas, envolviéndolas en un pegajoso aire de cariño. Al decir *me gustás mucho*, Juan había desembocado de manera irreversible en la pendiente de las verdades no dichas. No había retorno, era un boleto de ida hacia un destino incierto; debía confesar lo que tantas veces había ensayado frente al espejo, camino a la facultad, en el largo espacio de sus duermevelas, en las cartas febriles escritas en sus momentos de desesperada pasión. Tuvo que detallarle los tormentos que lo asediaban, cómo muchas noches dijo su nombre y miró estrellas. También de los versos en los que la coronaba como una diosa celestial, queriendo igualarse a los poetas que supieron describir sus sentimientos de manera tan precisa. Le tuvo que contar cómo le latía como galope el corazón y de sus emociones al recibir un mensaje de texto de ella. Accedió a confesarle que no podía a veces oírla al mirar su rostro y si ella sin querer lo rozaba, él perdía la razón. Y de sus palabras que trastabillaban cuando ella, a veces, lo miraba de la nada. Le contó sobre su ansiedad al caminar hasta la parada del colectivo donde se encontraban, de sus ganas de querer correr para acelerar el tiempo y también de sus llantos en silencio, de su cobardía. Finalmente le reveló sobre el asedio constante de un recuerdo: la tarde de otoño, sabía que era otoño, donde ella bailaba un bolero en el pasillo. Sus movimientos descompasados, el meneo anárquico de sus pequeñas caderas, el sol en ellas, el ajetreo armonioso de sus brazos, el bamboleo de su cabello y la sonrisa que ella le había hecho, cómo olvidar esa sonrisa. Todo lo tenía grabado. Había dejado su corazón desnudo, indefenso y cuando pudo calmar el torrente volcánico de adentro suyo, las palabras se convirtieron en un puñado de espejos rotos.

*Tomemos un café*, le dijo desesperado tomándola de la mano. Elena lo miró seria y él creyó encontrar la paz en el silencio que los inundaba y de pronto tuvo miedo de lo que podía pasar, se sintió ahogado, envenenado. Si ella desvanecía sus ilusiones tan solo con ese gesto, sería la última vez que se vería sus ojos en las pupilas de ella. Era una certeza. Elena bajó los párpados un segundo y movió los labios dulcemente antes de contestar *me encantaría*. Y Juan sonrió. Y en su sonrisa, sonrieron todos los hombres del mundo.

## Qué son las palabras

Si no te lo digo ahora, cuándo sino. ¿Te sentís incómoda? ¿Te da vergüenza, miedo tal vez? Pues te digo de buenas a primeras lo que me pasa aunque te joda, aunque te pese, aunque estas palabras me condenen a tu olvido, porque tengo la irreversible necesidad de soltar mis palabras pa' que lleguen a tu alma y te hagan una caricia, o pa' que queden en el aire, no sé, ya no me importa. ¿Qué hago sino con mis palabras? ¿Debo desterrarlas al exilio de mis pensamientos, debo asesinarlas en el vértice de mis labios? ¿Negarles el placer de acariciar suavemente tus oídos? Pues no. Entonces dejo que salgan así como así, sin pedir permiso ni consultar al decoro y la "buena costumbre" sobre si es correcto lo que están diciendo; al fin y al cabo, las palabras ¿qué son? ¿Son algo más que unas líneas curvas y convexas escritas en un papel o la orilla de un río? ¿Tienen algún significado si no las acompaña una expresión o un gesto? La palabra justicia sale de la garganta de una viejita que camina por las plazas con un pañuelo en la cabeza, tiene todo el peso de la palabra JUSTICIA, con el peso del pasado, el guiño del presente y la esperanza del futuro; o cuando la palabra "basta" va acompañada del puño en alto de campesinos o estudiantes, esa palabra toma la real dimensión de lo que quiere decir y trae consigo a muchas otras palabras amigas que siempre están atentas aunque muchas veces estén condenadas al silencio, al mutismo, al miedo de ser libres. El que mucho manda mucho oprime; directamente con la bota o sutilmente con el consumismo y muchas veces con esta última las condena al olvido, a refugiarse en algún polvoriento rincón de la memoria, pero por suerte las palabras son bichas, insistidoras, porfiadas y van hilvanándose solitas pa' decir cosas hermosas infiltrándose en una conversación banal, en el manoseo impreciso de un pecho en la placita del barrio, en la caricia de un niño.

Por todo esto es que yo quería decirte, sin más preámbulos, que me acosa la palabra amor. Estoy hablando de cualquier cosa y se mete, no sé muy bien qué es lo que pasa, pero se que tiene que ver con vos, con esa forma de mirarme mientras me hablás. Por mujeres como vos es que las personas inventan palabras, por mujeres como vos es que la palabra amor tiene el significado que tiene, qué joder.

Juan.

## Jazmines bajo la luna

Juan aparece dubitativo en casa de Elena, con un ramo de flores que compró a los chicos que hacen malabares y limpian parabrisas en los semáforos de la esquina de su barrio. Hace tiempo se hizo amigo de un gordito de cachetes prominentes y risita burlona que hace pésimos malabares y peores acrobacias. A él se las compró y le regaló un puñado de caramelos que guardaba en su morral. No tiene idea de flores, pero está seguro que será un buen detalle, hace dos meses que están juntos y esta noche se cumple un nuevo aniversario.

Golpea las manos y entre las rejas, aparece Elena con una sonrisa majestuosa. Juan esconde el pequeño ramito de flores y la saluda con un beso. Cuando suben a la habitación, Juan le muestra su regalo,

— ¡Jazmines! ¡Qué lindo! ¿Cómo supiste?

— Pfff... yo sé todo de vos - miente alcanzándoselas. Ella las pone en una botella de colores, que tiene en su mesa de luz, justo abajo de la ventana, y cuando se sienta junto a Juan en la alfombra siente como el viento hace que todo se impregna de aroma a jazmín.

La noche se entrecorta en la figura de Elena y la luz de la luna besa su cuerpo iluminándola de magia. Hay silencio. Hay complicidad. Se miran. No existe nada más: sólo Juan, Elena y la luna en triángulo perfecto.

Él se acerca despacio, cuando llega al cuello siente la fragancia de ella, cierra los ojos y entreabre apenas su boca para asentarla sobre él. Un serpenteo le recorre la espalda y se le alberga inquietamente entre las piernas mientras desprende uno a uno los botones de la camisa azul hasta sacarla, primero por el hombro izquierdo, luego por el derecho. Con arte de prestidigitador, suelta el broche que amarra esos pechos duros, turgentes, que florecen magníficos ante su ansiedad. Los acaricia tiernamente, los besos van subiendo hasta

encontrar la boca, se encuentran, se entrelazan, y de la unión nacen peces de colores y flores de primavera. Una a una van cayendo las prendas...

Juan apoya la espalda contra la alfombra. Elena sube y la suavidad de la piel de sus senos da inicio al calor de los cuerpos en movimientos de vaivén. Ella arquea ágilmente su espalda y desliza sus labios y su lengua a través de ese pecho lampiño hasta detenerse en la oreja: la besa, le susurra *te amo Juan* y vuelve a besarlo mientras él introduce los dedos en sus cabellos, y la respiración entrecortada, entre gemidos, dice: *sos hermosa, te amo, te amo*. Cada movimiento es perfecto, sincronizado, sus cuerpos forman una alquimia celestial, como si se conocieran de toda la vida, como si sus cuerpos hubiesen sido forjados para complementarse como un rompecabezas: las manos de Juan encastradas en la cintura de Elena; la boca de ella apresando su oreja; las salivas mezclándose, siendo miel; sus caderas enlazando el cuerpo de él, atenazándolo, apretándolo contra el suyo, haciéndose uno solo y un estrépito de temblores se desencadena, como un alud, en un dulce y placentero gemido que concluye en el abrazo eterno.

La mañana los encuentra unidos: ella reposando la cabeza sobre el pecho de él, abrigándolo con sus piernas, cubriéndolo con sus pechos; mientras él, rodeándola con su brazo.





## La Apacheta

- No te vistas, dejá la remera ahí en la cama.
- ¿Bueno...? – Juan contesta dubitativo, como no entendiendo la situación.
- Me gusta verte desnudo – una ventisca de vanidad se le mete en el pecho a Juan – Me gusta la curvatura de tu columna, como se te mueve el culo al caminar... – la sonrisa en el rostro de él era inocultable – Pareces una pantera.
- ¿Y eso?
- No sé, un halago supongo. Tu andar es Felinesco.
- Fellini es todo lo que está bien en esta vida.
- A vos porque te gusta la tetona de la Dolce Vita – en alusión a la actriz Anita Eckberg, de la homónima película dirigida por Fellini.
- No lo afirmo ni lo niego, camarada – dice adquiriendo una postura firme al tiempo que realiza la venia militar con la mano izquierda.
- Decídase camarada, no es tiempo de tibiezas –la voz castrense era clara.
- No tengo preferencias, señor, digo, señora.
- ¿Me está diciendo que cualquier tren le viene bien? –el tono había cambiado notoriamente.
- No, señora. *No voy en tren, voy en avión* – contesta tarareando la canción de Charly – *No necesito a nadie a na...* – tardíamente se da cuenta del error en el que acaba de incurrir – Pero yo soy soldado de a pie, que como usted, prefiere la caminata y la charla – hace un breve silencio con la esperanza de que ella retome aquella pequeña punta del hilo.
- Los libros y el vino.
- Las mandarinas y sol.
- La siesta y los gatos.
- La lluvia y las películas de Fellini.
- La Dolce Vita y sus maravillas
- Tus maravillas y yo.

— El sexo y el amor.

Encima de la cama, ella se había sentado sobre sus pantorri-llas apoyando sus manos en el nacimiento de sus caderas. Su cuerpo asimilaba una vasija de barro precolombina, su figura recortada por el sol, que entraba tímidamente por la ventana, completaba la escena dándole un color ámbar. La imagen impactó de lleno en la humanidad de Juan que solo atinó a observar aquella cartografía: los pechos de membrillo, la cicatriz en la pierna, las estrías decorando los muslos, los lunares formando constelaciones que, mediante trazos imaginarios, formaban siluetas virtuales en aquel cuerpo de greda. Hizo un silencio largo, eterno y cuando se dio cuenta de la ridiculez de su desnudez y la maravilla de la de ella, habló:

— Sos como una apacheta.

— ¿Y eso?

— Un halago, supongo – Ella levanta una ceja de forma escéptica — Pará, pará – se le precipita la voz y lleva ambas palmas de las manos hacia adelante como frenando una irrevocable ráfaga de palabras – Antes que empecés a pensar cualquier cosa o mirarme con esa cara de “*ya va a empeza’ el norteño esté a hablar de los diaguitas*”...No voy a hablar cosas de diaguitas... Bueno, tal vez un poco.

— ¿Qué es eso de que soy una apacheta?

— Mirá, en las culturas andinas los caminantes hacen largas distancias por senderos donde no hay árboles, en determinados trechos van dejando piedras para formar un montículo. Esto es una ofrenda a la Pachamama, a la tierra, y ella a su vez le ofrece el refugio del calor a los peregrinos.

— Pero yo no quiero que vos seas un peregrino, no quiero que estés de pasada...

— Yo tampoco, quiero cobijarme en tu sombra y que seas el dulce remanso donde descansar.

— Y qué te parece si con esas piedras construimos algo.

— Ya lo estamos haciendo, camarada, ya lo estamos haciendo – dijo acercándose hasta fundirse en un beso con aquella mujer que recortaba las lenguas del sol.

## La ducha

— No me quiero bañar – dijo con las piernas sumergidas entre las sábanas.

— Cochina.

— No, no es eso bobo porque aparte si hablamos de duchas....

Si yo no te arrastro, vos ni te asomás al baño. Pánico le tenés.

— Es pura pose, me gusta que me invites a la ducha.

— ¿Si? ¿No es incómodo?

— No sé si es cómodo o incómodo, lo que sí sé es que es hermoso.

— Sos salamero ¿no?

— Se hace lo que se puede.

— Claaaro... vos podés muy seguido ultimamente.

— Me sale así, sin pensarlo, no es que quiera ser salamero...

Bueno, un poco si me gusta, pero solo porque a vos también.

— ¿Sabés qué? Yo no quiero que nos embarquemos en la mentira. Ese bote me marea y me da nauseas.

— Yo en algún momento fui un gran navegador de esas aguas, fui capitán o almirante, ya ni me acuerdo.

— Yo soy muy buena jugando a la batalla naval, sabés.

— Me imagino que sí, de todas maneras yo estoy de baja hace millares de años. Vos viste que no me llevo muy bien con los uniformes ni las jerarquías.

— Esperemos que así sea, las mentiras tienen las patas cortas.

— Como vos.

— ¿Yo sería una mentira? – la pregunta capciosa pretendía correrlo de eje.

— No, no, no – las palabras salían con premura de la boca de Juan – es una metáfora. Sabés, cuando era chico nos adentrábamos en el cañaveral a comer cañas – Juan intenta salir del apuro en uno de esos delirios monológicos en donde suele perderse.

— ¿Es una metáfora?

— Ya vas a entender, pará pará... Éramos changuitos con mis amigos, sacábamos a escondidas un cuchillo de nuestras casas, de los *Tramontina* y nos sentábamos en esos cañaverales

inmensos a comernos el corazón de las cañas: mordíamos la fibra y recibíamos el azúcar en nuestras bocas; nos bañábamos en el agua turbia del canal y cuando todo parecía felicidad en aquel páramo de la infancia, aparecía montado en su caballo el chacarero...

— Y ese ¿Quién es? ¿Quién era?

— Un tipo ruin y detestable, un pseudo polizonte de la caña, un tipo con uniforme de fajina que el ingenio contratava para que vigilara el cañaveral y sus alrededores. Por unos míseros pesos nos corría a rebencazos del dulzor de la caña y el abrazo fresco del canal. El chacarero venía sentado sobre las costillas de algún potro y en la tierra retumbaban como un tambor los cascos de las patas, ese era el preámbulo de la persecución. Ocho, nueve, diez años teníamos, unas criaturas que solo tabamos macaneando y ya teníamos que escapar al medio de las cañas. En esos tiempos entendí dos cosas – la mirada de Juan se había vuelto parca, sombría – que tanto monte no puede ser de una sola persona y que iba a odiar para siempre los uniformes que a cambio de unas monedas descargan su violencia contra cualquier hijo de vecino.

— Ahí también perdiste tu costumbre de bañarte, por culpa del chacarero – ella intentaba traerlo de aquellas sombras.

— Te recuerdo que sos vos la que no querés bañarte...

— Eso es porque vos te vas...

— Y eso que tiene que ver.

— Quiero quedarme con tu olor pegado en la piel.

No hizo falta que él le contestara, la respuesta la leyó en sus ojos.

*Un pedazo de mí se queda en vos: la  
bondad de mis manos, el lujurioso  
atardecer de mis besos, la caricia  
desmedida, la mirada dulce, lasciva,  
febril, inconsciente, adicta a tus ojos.*

*Dejame recorrer con mis dedos el  
camino hermoso de tu cuerpo. No  
conozco otros, los he olvidado, los  
desterré de mi memoria con el diáfano  
mirar de tu sonrisa, con el amanecer  
cansino de tus párpados.*

*La lluvia furiosa lava las calles y  
desnuda nuestras almas, mientras  
nosotros nos unimos en un goce de  
placer; y aunque el cielo es un apel-  
mazado gris, la ceniza de tu cuerpo  
rozando mi cuerpo es un candombe de  
estrellas.*





## De monarquías, lluvias y hormigas

— Se viene el agua, che – dice mientras se tapa los hombros con las sábanas.

— ¿Cómo va llover? Si todavía hay sol y hace tremendo calor.

— Vos tenés que prestarle atención a la naturaleza, ahí está la clave de todo...

— Pero de qué naturaleza me hablás, si no hay un solo árbol en esta ciudad.

— La naturaleza ta' en todos lados, no hace falta irse al monte pa' encontrar las señales.

— ¿Qué señales?

— Vos fijate, por ejemplo, las hormigas del jardín.

— ¿Qué tienen que ver las hormigas?

— Cómo que qué tienen que ver, ellas son un gran indicador de tormentas. – Juan la mira un tanto desorientado – Cuando vos veas que juntan muchas hojas o ramitas es porque están abasteciendo el hormiguero porque se aproxima una gran tormenta.

— ¿Y todas las hormigas hacen eso?

— ¿Qué querés decir?

— No sé, o sea, ¿todas las hormigas de todos los tamaños, formas y colores?

— Sí, todas.

— ¿Las culonas también?

— Especialmente las culonas. Por eso me caes tan bien – dijo apuntando sus ojos a los muslos de ella.

— Bobo – deslizó, como intentando disipar el último comentario.

— En cambio odio a las chiquititas.

— ¿Las coloradas decís?

— Sí, sí, sí, esas... son unas hijas de puta. Bah, son raras las hormigas – Juan parece sumergido absolutamente en un monólogo sin retornos – porque son el ejemplo universal de la organización, del trabajo en equipo, de la unión; pero, sabés,

están sobrevaloradas. ¿Viste esas hormiguitas que me decís que van en filita llevando el alimento pal agujero? Una tras otra juntando palos, miguitas de pan, hojas ¿para qué? Para la reina porque están separadas en castas, hay jerarquías y ellas solo se “unen” – enfatiza la palabra de manera lenta – pa´ defender los privilegios de la soberana y también esclavizan a otras especies... Es impresionante, no te das una idea...

—Son parecidas a los humanos—interrumpe intempestivamente — Juegan al amo y al esclavo.

—Claro, y de tanto en tanto aparece un pendejo sádico con una lupa gigante y las hace mierda mientras se ríe y se llena la boca de caramelos.

— *Dios no está en los detalles de hoy* – tararea la canción del indio Solari.

—Y los maremotos vendrían a ser las viejas baldeando el patio. Malditas hormigas, las odio – dice abruptamente.

— ¿A todas?

— A todas.

— ¿A las culonas también?

— Especialmente a las culonas, por ser tan encantadoras.

— ¡Hey!

— Vos sos la única reina culona que quiero.

— Yo no quiero.

— ¡Hey!

— Yo no soy reina de nadie... Las monarquías son una mierda.

— Si, lo son. Por suerte tenemos la lluvia.

— Y a nosotros, que no es poco.

## Sólo queda la borra del café

Los motores rugiendo, las cucharitas chocando contra los platillos, el murmullo incesante de la calle. Elena mira por la ventana el trajín de la tarde, se entretiene observando las formas de los firuletes y las letras tangueras inscriptas en el cristal: “el embudo”. Siempre le gustó el tango, lástima que había nacido con esa innata torpeza en las piernas: le faltaba cadencia y le sobraba crueldad para juzgar sus pasos.

— Me hubieras invitado a tomar mates, no sé...

— Qué hablás, si vos no tomás mates...

— Y vos no tomás café, así que no sé qué tanto te quejás.

— Me pareció prudente que si esto había empezado en un café, lo más lógico sería que terminara en el mismo lugar.

— Claro...

— ¿Claro qué? Sabías que esto iba a terminar, ya lo habíamos hablado, sólo que quería que quedáramos bien, como amigos.

— ¿Como amigos? ¿Vos te das cuenta de lo que me decís? No, muchas gracias, ya tengo suficientes amigos... Aparte, ¿cómo se te ocurre que te puedo querer como amiga? Osea, yo tengo que hacer borrón y cuenta nueva sobre lo que vivimos, sobre lo que siento y desearte buena suerte y decirte: avisame si necesitás algo, si te deja el pelotudo ese llamame y te presto un hombro... No, vos tas muy equivocada, Elena.

— Mirá, yo no quiero nada, Juan; la verdad es que no quiero terminar mal, no me gustaría que tengas un mal recuerdo de mí o yo de vos, que me tenga que ocultar en la calle, que queden heridas sin curar. Esto venía mal desde hace rato...

— Vos estás saliendo con alguien.

— No, nada que ver. No salgo con nadie.

— ¿Y el idiota de Camilo qué papel juega acá?

— Con Camilo no pasa nada.

— No me tratés como un boludo, te conozco bien.

— No sé qué me pasa con él.

- Ah bueno...
- Estoy siendo lo más transparente posible, Juan.
- Transparente las pelotas del hombre invisible.
- Si te vas a poner así de intolerante, mejor me voy.
- Elena, yo te amo ¿no entendés?
- Estoy muy confundida, no sé qué me pasa. Sé que sos un excelente tipo, pero en algún lugar me perdí... No puedo seguir hablando... Perdón...

Juan se queda mirando la borra del café, mientras ve cómo Elena se marcha y con ella todas las esperanzas vertidas en la felicidad.





## El idiota

La luz amarillenta cubría sus cuerpos desnudos y el olor a sexo todavía espesaba el aire. Él, sosteniendo su miembro flácido, escuálido, exiguo, espetó sin preámbulos:

— Mirá, Elena, vos no podés ser mi novia porque no sos el tipo de mina que yo les puedo presentar a mis amigos.

Ella permanecía callada recorriendo con la mirada una grieta prolongada que se extendía desde una punta al centro de la habitación. Desde niña había desarrollado la capacidad de mimetizarse con pequeñas imperfecciones que encontraba a su alrededor, era su forma de enfrentar los rezongos, de evadir las puñaladas de las palabras, la cruenta estocada de la verdad. No sabía cómo apelar, no podía, nunca aprendió. Las respuestas siempre le eran esquivas, se le trababa la lengua, se le enredaban las palabras. Contrarrestar oralmente era una quimera imposible, así que decidía viajar por los vericuetos de las nimiedades imperfectas.

—No es nada contra vos, sos muy buena mina...sólo si tuvieras más... – Camilo hizo una pausa buscando en su cabeza las palabras justas – tetas o fueras más culona, no sé.

Elena proyectó la luz de sus ojos hacia la cruel arma de donde se habían disparado las palabras. En donde antiguamente residía la boca que tanto deseaba, sólo quedaba un pozo putrefacto de banalidades, esos labios – otrora pergaminos donde ella escribía su historia de amor – se habían convertido en las orillas del abismo de un mísero hombre al que sólo le importaba la talla de sus victorias. Quiso esbozar unas palabras, pero no tuvo fuerzas y sólo atinó a vestirse.

Elena salió al esplendor de la noche rodeada de estrellas dándose cuenta que había naufragado en la isla inhabitable de aquel hombre y lloró camino a casa.







*Afuera llueve terriblemente, las calles  
se tapan de agua, los árboles se agitan  
con el viento y mi cabeza se inunda  
de nostalgias.*

*En la cocina hay una gotera y en cada  
gota se desliza tu nombre. Porfiadas  
lágrimas que penetran el cemento,  
la mampostería, los recuerdos,  
unificando los charcos de la memoria,  
impregnando la casa de vos.*

*La lluvia repiquetea con furia sobre  
el techo y trae consigo su repertorio  
de tristezas. Por la ventana, el olor  
a tierra mojada que me traslada a  
mi infancia. Mi mente divaga hasta  
perderse, por fin, en el humo del  
cigarrillo, mientras afuera y adentro  
se inunda todo porque tu nombre tu  
nombre, cae a cántaros de entre  
los cielos.*





## Doña Salomé

De la boca oscura del rancho de lata, nylon y caña hueca, salió Salomé hecha una furia, lanzando puteadas a los cuatro vientos:

– ¡Pendejos de mierda, tomenselás de acá! – había dicho la doña a la nada, porque ni bien la pelota había golpeado una de las chapas carcomidas por el óxido, descascarándola un poco más, los chicos corrieron hacia los pasillos.

Miró con desdén el polvo suspendido en el aire de ese tierrero inmundado que mezclaba la calle y las veredas. Se estiró la blusa para adelante con las dos manos para inspeccionarla minuciosamente, como buscando respuestas existenciales en el algodón amarillo. Lo examinó detenidamente: la decoloración de la tela, las pelotitas amarradas por la mugre y los ínfimos agujeritos provocados por el tiempo y las polillas. Supo perfectamente que esa puteada era para los vecinos, para su marido, para los transas, para el asesino de Mario, para la miseria que infectaba a la villa, para la cana... en definitiva, para el mundo de mierda que la rodeaba, pero de ninguna manera era para los chicos que le peloteaban el rancho. Esto era una excusa perfecta para poder putear y desahogarse, sacarse las angustias que le poblaban la garganta, aunque más no sea en un grito. El ladrido de un perro persiguiendo un sulky la volvió en sí. Levantó lentamente la vista. Vio un caballo con el hocico lastimado, las orejas rodeadas de costras de sangre seca, llena de moscardones, el cuero sucio y maltratado pegado obscenamente a las costillas y las ancas. Atrás venía el carro cargado hasta el tope de maderas, botellas y vaya a saber Dios y la Virgen qué otros cachivaches llevaría. Por un instante creyó ver en los ojos de ese pobre bicho, una mirada de infinita tristeza y resignación, como quien acepta su destino. Se sintió reflejada y se odió. Miles de veces se preguntaba cómo había terminado en esa villa de mierda, so-

portando hambre, frío, calor y todo lo que la falta de guita provocaba. Pero ella lo soportaba con paciencia oriental, pues sabía de esas cosas.

Todavía recordaba los sábados a la noche cuando Raúl entraba tímidamente al bulo de la calle Marco Avellaneda. Durante seis meses la visitó con los cincuenta pesos que compraban esos veinte minutos con ella. Ella, que lo esperaba religiosamente, lo veía entrar todo desalineado, abriéndose paso con las manos por entre esas cortinas de humo y sexo ultrajado que remplazaban el aire. Siempre llegaba solo. Se sentaba en alguna de las mesas del fondo con una cerveza, rechazando a otras mujeres que se le acercaban, esperando que ella viniera, fiel, para la ceremonia en la que se habían convertido esas citas de fin de semana.

Salomé entró de nuevo al rancho arrastrando las alpargatas, achangletadas y bigotudas. Se sentó en el simulacro de cama y miró los mosquitos alrededor del foco, el único de la habitación comedor, dormitorio, cocina. Faltaba poco para las ocho de la noche. Se apresuró a acomodar las cosas y preparar un guisito porque el Raúl llegaría en cualquier momento de la cosecha del limón, y el pobre llegaría cansado y no es cosa de hacerlo enojar.

La primera hora pasó rápidamente, las otras tres fueron eternas. La larga espera se precipitó en una catarata de pensamientos fatídicos: *¿Qué le habrá pasado al Raúl? El guiso se enfrió y todavía no llega. ¿Habrá tenido un accidente?, ¿lo habrá detenido la yuta? No, no, no, seguro se fue a la casa de la Claudia, esa puta que le gusta tanto.* Quizá fue la puñalada más cruel que el Raúl le había dado. Se le había tatuado en la memoria y en el cuerpo lo que él le dijo cuando ella le recriminó el hecho *...¿qué queré? Si vos sólo una seca de mierda, ni un hijo me podé dá, ni pa' eso serví...*

Doña Salomé tragaba bronca y resignación con un mate lavado, desandando la espera. El crujir de la puerta la volvió de sus pensamientos: era él. Entró equilibrando sus pasos, se sentó en una silla, y exigió la comida sacándose la camisa raída y tirando a un costado el acullico que deformaba un poco su cara.

Dio una cucharada al guiso, lo escupió y le tiró el plato encima:

— Esto e' una mierda ¿Qué carajo me da de comé?— gritándole  
— No te enojé, Raúl. Perdoná, ya te hago otra cosa –apenas terminó la frase, sintió cómo se tiraba encima de ella, empujándola a la cama – No Raúl, pará, pará, por favor, no quiero, toy con la co... – La piña la obligó al silencio. La blusa amarilla fue abierta de par en par, las toscas manos buscaban la entrepierna. La resistencia era débil, casi nula, ante el infierno de Raúl. Sintió el pecho transpirado, el aliento a vino desprendido de esa boca de dientes verdosos, la lengua impúdica atravesando su cuello y la violencia del sexo penetrando obscenamente entre sus piernas.

Después de un par de minutos que parecieron años, Raúl se levantó y empinó una botella empezada de ginebra. La vieja sentada sobre la cama se secaba con el dorso de la mano las lágrimas.

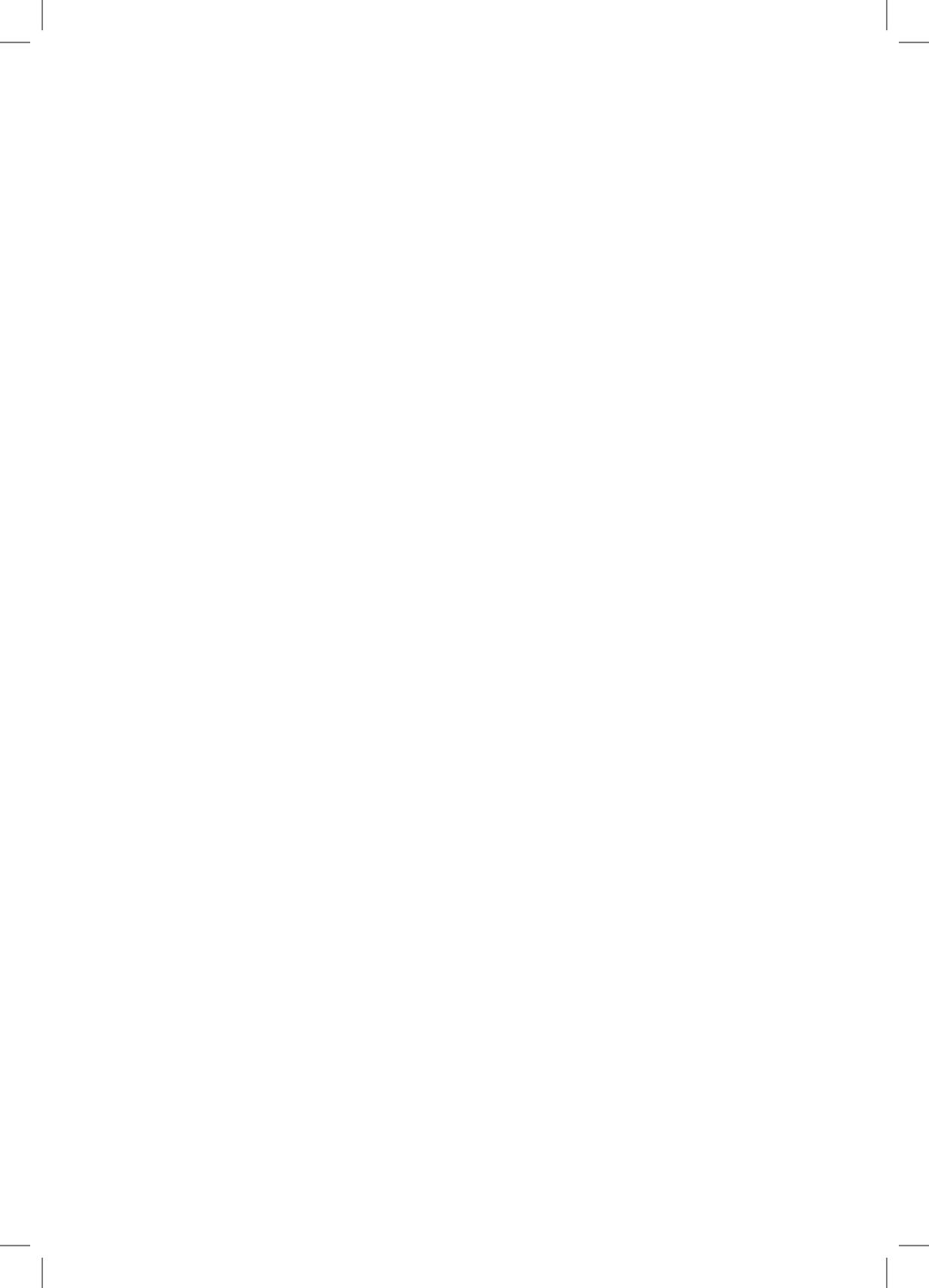
— Vieja puta, ni coger sabe'. La Claudia sí que sabe y me dio un chango y todo.

Un impulso visceral le nubló los ojos y cuando se dio cuenta, las manos llenas de sangre estrujaban un *Tramontina* mientras Raúl caía lento y pesado arrastrando la silla a su paso. Soltó súbitamente el cuchillo y se llevó la mano a la boca.

Prendió un pucho del apretujado paquete que logró sacar del bolsillo de Raúl y aspiró la primera bocanada. La humareda la penetró profundamente y cuando exhaló, se sintió, por primera vez en años, libre y feliz.







## Mario

El despertador rompe el silencio de la madrugada y marca el comienzo de la rutina. *Putá qué es jodido levantarse a las cuatro de la mañana con el frío de cagarse que hace*, pensó mientras se sentaba en el borde de la cama procurando no destapar a su compañera.

Se irguió de la cama después de ponerse el pantalón de grafa sobre los calzoncillos largos y calzarse los botines. Terminó de vestirse y encendió la hornalla del anafe donde estaba puesta la pava ennegrecida. Tomó unos mates amargos con el rumor de la radio portátil de fondo y los ojos clavados en la mujer que reposaba a escasos metros de él. Apenas si se veía un poco del perfil del rostro. La frente cubierta por unos mechones prolijamente desparejos, el ojo oculto bajo el párpado, la pequeña nariz y un pómulo altivo, imponente, lo habían atrapado como la primera vez que la vio sentada en aquella peña organizada por la junta vecinal con el fin de recaudar fondos para arreglar el techo destaralado del saloncito que hacía las veces de comedor, sala de reunión y hasta habitación, en los días de frío y lluvia, de los dos o tres borrachitos que deambulaban cantando canciones pícaras ante la mirada escandalizada de las señoras que veían pasar la vida al son del escobillón por las calles del barrio. Nunca supo explicarse de dónde había sacado coraje para acercarse y hablarle. Esa vez la había visto y se había enamorado de esa muchachita que cargaba con un frondoso y complejo historial amoroso; ahora toda una mujer, risueña y soñadora, altiva y hermosa que lo acompañaba en el dulce y difícil camino de la vida.

Una ráfaga de aire helado se coló por un agujerito del nylon que cubría la ventana y lo volvió a la realidad. Observó de reojo el reloj para caer en la cuenta que una vez más estaba con el tiempo pisándole los talones. Dejó la pava y el mate so-

bre la mesa, escribió una nota, se acercó a la cama, le dio un suave beso en la cabeza a su compañera y salió despacio con su bicicleta.

La noche todavía cubría de sombras las calles enripiadas y podía verse los restos del rocío sobre un puñado de yuyos amontonados al costado del rancho. No había ningún movimiento más que el tímido titilar de un puñado de estrellas, por lo demás, todo era calma, una espeluznante quietud. Juntó las manos, resopló en el hueco que éstas habían formado pa' darse calor y empuñó el manubrio.

Llegó temprano a la obra, con las manos entumecidas por la fricción provocada entre la velocidad de la bicicleta y el frío de la mañana, se las restregó en los pantalones un par de veces y se sentó a esperar a Juancito.

## Juan

*Al menos vivió para ver que se haga justicia*, se consolaba Juan cuando lo azotaba el recuerdo de su padre. Nunca podría olvidar aquella tarde en que su papá se sentó sin fuerzas en la silla de roble y le pidió un vaso de agua, lo bebió y cayó al suelo con un breve suspiro. Durante muchos años soportó, estoicamente, cómo el corazón se le iba deteriorando. Nunca comentó nada en casa, pero había tenido unos preavisos de infarto que le estaban anunciando que algo no andaba del todo bien. Aguantó callado el incesante ajetreo de la sístole y la diástole perturbándole las caminatas diurnas, el zarandeo desmedido de las arterias, la falta de aire, la presión, todo todo, todo en silencio. Como en sus años de militante cuando lo “chuparon” en Córdoba y le metían picana en las bolas y lo cagaban a trompadas y le hacían el submarino y lo psicopateaban, nunca habló de eso como algo personal, ni siquiera cuando estando en el pozo se enteró lo que le había sucedido a su compañera una vez que los milicos la soltaron. Siempre fue así, preocupándose por los demás y callando su dolor para que no sintieran pena por él, tal vez nunca lo sabría.

Su padre testimonió contra su torturador en Córdoba y lo llevó a él para el día de la sentencia. Siempre le agradecería ese gesto, ese abrazo entre lágrimas y emoción, la tarde que dictaron el veredicto y pudo saborear el gusto de la justicia de la que tantas veces habían charlado entre mates y puchos en la vieja casona plagada de plantas y yuyerales. No entendería, eso sí, cómo había dejado todo tan a la deriva y cómo se fueron desmoronando las cosas después de su muerte: las hipotecas, los cuervos acreedores, las interminables peregrinaciones de casa en casa, la falta de plata para comer que lo llevó repentinamente a ingresar en el mundo de la albañilería, su mamá transitando las calles con la canasta repleta de pan, correr la liebre, perseguir la vida, vivir en la incertidumbre.

Juan creció de golpe, de prepo se calzó la pesada carga de responsabilizarse de su familia, de salir a trabajar para parar la olla. Así fue que conoció a Mario y se hicieron cumpas. Mario solía prestarles libros de Guillén y Onetti; libros empalagosos como los de Sabines o Neruda; libros de vencidos como Vallejo o Galeano; y hasta llegó a regalarle un oscuro y hosco libro de Carver. Con desmesurada prisa, Juan los leía hasta dormirse en la cama; los libros habían resultado una vía de escape perfecta para sumergirse en otros mundos y evadir la realidad. *Se trabaja, pero también se lee, pa' que sepas cuáles son tus derechos, pa' que aprendas a ver con tus propios ojos la belleza de este mundo*, le dijo una mañana en la obra, y esas palabras le quedaron tatuadas como estandarte en la memoria, y esa misma mañana decidió dejar de vivir de prestado y mudarse con su familia al asentamiento de tierras fiscales.

## Paula

Paula abrió los ojos con el ruido matutino de los chicos yendo al colegio y palpó vanamente el costado izquierdo del catre, ella sabía que Mario estaba en el trabajo pero necesitaba esa confirmación fáctica que le reafirmara que se despertaba sola. Se sentó sobre la cama y apuntó sus ojos verde oliva a la pequeña mesita en busca de la nota diaria que Mario solía dejarle. Se acercó despacio y abrió el papel plegado que con letra trémula vociferaba:

*Siempre supimos  
compartir militancia  
pasiones y desazones  
certezas y disparates  
penas y poemas  
éramos expertos en  
convidar caricias  
repartir besos  
y cosechar sonrisas sin sembrar.*

*Izamos la risa  
donde fuera y con quién fuera,  
sin preámbulos ni disimulos  
sin protocolos ni decoros  
la dejábamos escapar  
por los vericuetos del alma  
y así como así  
tu risa iluminaba una habitación  
o destrozaba la tristeza  
como un certero golpe.*

*Yo tenía tristezas atascadas,  
angustias enquistadas en el ojo del alma  
y vos las supiste ahuyentar  
con caricias tibias  
y besos descoordinados  
de lluvias y soles.  
Yo tenía heridas en la memoria  
soledades engangrenadas  
que vos curaste  
con bailes despatarrados  
y temblores en la cama.*

*Hasta que un día  
un extraño encadenamiento de azares  
juntó todas nuestras miradas  
en una única y dulce mirada  
Sin darnos cuenta  
se posó sobre nosotros  
la extraña necesidad del uno por el otro  
y del otro por el uno  
y tuvimos la constatación inquebrantable  
de que las flores no tendrían aroma  
si es que no nos reflejábamos*

*Te amo. Mario.*

En los cinco años que habían estado juntos, Mario nunca le había escrito algo parecido, él era atento, eso sí, pero poco demostrativo, era algo nuevo en él, una veta que ella desconocía pero que dejaba entrever, aún más, esa alma sensible de la que se había enamorado. Leyó una y otra vez el poema y en la memoria se le amontonaron los recuerdos.

## Mario y Paula

- ¿Me convidás fuego?
- Sólo si me convidás un cigarrillo.
- Te tengo una propuesta mejor: el cigarrillo que cada uno iba a fumar lo compartimos.
- ¿Y eso? ¿Es egoísmo puro o socialismo abstracto?
- Mmm... Sería más bien como una comunión, una fraternización, algo para entablar lazos.
- Para eso prefiero los mates.
- La noche está más para cerveza que para mates ¿Te puedo preguntar algo?
- Ya me preguntaste. Si te digo que no, ¿me vas a preguntar igual?
- Esa fue protocolar.
- Me imaginaba, a ver, tirá.
- ¿Sabés por qué me senté justo acá habiendo tanta silla abandonada?
- No con certeza, pero podría aventurar algunas hipótesis.
- A ver, tirá, el que ataja ahora soy yo.
- Mmm... Me vas a decir que te llamaba la atención el frenético movimiento de mis manos, o los libros que sostienen mis piernas, o más cursi aún, no podías dejar de sentirte atraído por la profundidad de mis ojos bajo la inmensidad del cielo estrellado.
- No, sólo era para pedirte fuego.
- Ah... encima estamos sarcásticos. Acá tenés...
- Es sólo defensa personal, no te enojés.
- Ta' bien ¿Te atacan seguido o simplemente sos vulnerable?
- Soy precavido.
- Eso suena muy calculador.
- Aunque quisiera, no me da el cuero, soy muy boludo pa' eso.
- No te preocupés, te creo. Tu cara no pone mucha oposición a lo que decís.

- Esa fue una puñalada muy dura, compañera.
- Pensé que tenías la guardia alta.
- La tenía, pero vos sos muy rápida.
- Eso decía mi suegra, pero con otro significado.
- ¿Decía? Hay tres opciones: te separaste, se murió tu suegra, o cambió de opinión.
- La primera es la correcta.
- Y decime, ¿fue hace poco?
- La separación, de hecho, sí.
- Así que andás con la herida fresca...
- Tengo un sistema inmunológico emocional bastante fuerte, por ende, la cicatrización se produjo en un santiamén.
- Qué suerte, yo soy un diabético emocional, las heridas se me demoran años en cerrar.
- Ahora decime, vos... ¿tenés heridas abiertas?
- Nada que una cerveza y un par de abrazos no puedan arreglar.
- ¿Eso es una propuesta?
- Más bien una invitación, diría yo.
- Mirá que no tengo manos de curandera.
- Pero sí ojos de hechicera...
- Bue... ya empieza la cursilería.
- Perdón, no sé cómo se me infiltró eso en la boca.
- ¿Literatura barata, novelas mexicanas, canciones melosas?
- Puede ser, puede ser... lo que quise decir es que tenés razón en lo que dijiste al principio.
- ¿En lo del pucho? Claro, prendelo...
- En eso también, pero yo me refería a lo que decías que me llamaba la atención de vos.
- ¿Estaba en lo cierto?
- En parte. Le quitaría algo y le agregaría un par de cosas más.
- No me llamaban la atención tus manos, pero si tus piernas y tu boca negadora.
- ¡Ey!, hasta ahora no hubo una negación de esta boca.
- ¿Eso es una invitación?
- No, más bien es una aclaración.
- Uhh... esa fue otra puñalada.

—Andá a buscar una cerveza, tonto, y prendeme un pucho que la noche es larga.

El muchacho encaró para la barra con una sonrisa que no le cabía en los márgenes del rostro, mientras dejaba atrás a la muchacha de rulos negros y piernas largas que hacía aros de humo con la boca.



*Vengo de la pobreza; de bolsillos flacos y  
de manos vacías; de relojes de arenas y  
engranajes oxidados; de manos callosas  
y mates lavados; del ruido de la lluvia y  
el barrial en la vereda. Mis pertenencias  
son una bicicleta y una pila de libros;  
con la primera viaje hasta tu casa, con  
la segunda llego a lo más profundo de tu  
alma. En dos ruedas me introduzco en la  
realidad, me embarro hasta las verijas por  
cambiarla, persigo la injusticia, la hostigo,  
la arrinconó, la destruyo.*

*Vengo de la pobreza de candelabros en la  
puerta y azulejos de colores en las cocinas  
con olor a puchero; de pelota de trapo y  
tortilla al rescoldo; de bares mugrientos y  
tetrabrik barato.*

*Voy moldeando las palabras para construir  
puentes para que la primavera derrame su  
luz sobre los adoquines y los versos estallen  
sobre la acera como la lluvia de verano;  
para acercarte la luna a tu ventana y un  
grillo vagabundo te cante serenatas; para  
que escuches el estrépito de las gaviotas  
saludando a un barco que regresa a un  
puerto donde nadie lo espera*

*Vengo de la pobreza es verdad, pero  
voy hacia la riqueza de las aguas  
rejuvenecedoras de tu pubis. Voy hacia la  
riqueza de tu alma.*



## El choque

El estrépito de los golpes en la chapa que simulaba ser una puerta retumbó en el rancho:

— ¡Mario, Mario! ¡La yuta, Mario, la yuta! - gritaba Juan mientras seguía golpeando la puerta.

— Levantate negrita que llegó el día, apurate - dijo Mario mientras se vestía rápidamente y enfilaba hacia la salida.

— Juan, agarrá tus cosas, a tu mamá y a tu hermanita y se van de acá a lo de la Julia, ella ya sabe.

— No, yo me quedo acá ¿sabés? Nosotros también peleamos por esto.

— Vos te vas de acá y listo, sos muy chico pa' estar ahora y se terminó la charla - dijo mirando la columna de policías que se alistaba para el desalojo.

Juan juntó un par de cosas en una bolsa negra y se fue cuando los primeros claros de la mañana iluminaban el asentamiento.

Suena la advertencia por un altoparlante, el aire invernal es atravesado por las miradas de un bando y del otro. Un carancho surca el cielo graznando y, como si fuera la señal de largada, comienzan a llover piedras y balas de goma, gases lacrimógenos y tierra suspendida en el aire por las corridas. La fuerza policial avanza dificultosamente y de la mano de un policía casi adolescente se intuye el brillo asesino de una 9 mm. Aprieta el gatillo sin apuntar y el arma vomita una pequeña esfera de plomo. Una bala recorre uniformemente su trayecto a través del viento, roza algunas vidas y encuentra alojamiento en un abdomen terso. Perfora la remera, la epidermis, la dermis y desgarrar los tejidos musculares. Una vez adentro, la pequeña bolita de plomo destroza el hígado y sale impune por uno de los lumbares. Todo dura una fracción de segundo y el damnificado apenas se da cuenta otros segundos después de ver su mano izquierda, teñida de rojo, contraída sobre el orificio de

entrada. Las piernas se debilitan, el vello de la nuca se eriza y la temperatura corporal baja bruscamente. El cuerpo amortiguado, leve, levísimamente, se desploma sobre su propio eje. Mario yace con la sien atestada de tierra, la boca entreabierta, las manos en el abdomen y los ojos lejanos.

— ¡Mario, Mario! – grita la voz desesperada de Paula, que corre entre el gentío, con los ojos nublados de lágrimas – ¿Qué te hicieron, Mario? – solloza mientras lo sostiene en su regazo y acaricia su pelo, y los ojos de ambos van despidiéndose lentamente.

## El juicio

Las cuentas del rosario blanco van pasando una por una entre los huesudos dedos de la calavérica mano que lo sostiene. Sus ojos se posan sobre un punto fijo; la mirada perdida, ausente, vacía, delataba que él no estaba allí, que había logrado perderse, unos segundos, en sus cavilaciones. Un murmullo apresurado se convierte en un solo grito que lo devuelve al lugar, a la silla, a la mesa con el vaso con agua, a los policías escoltándolo, a ese centenar de ojos escrutándolo, a esos puños en alto, a esas fotos en blanco y negro. Mantiene la mirada en el vacío, no necesita *ver* para saber que esos rostros, de jóvenes con melenas y bigotes, de mujeres con el semblante firme y la mirada pura, están allí plasmados en esas viejas fotografías. No necesita *ver* porque lo *ve* todos los días, todas las noches, en todas las malditas horas. Se restrega los ojos con la mano derecha, es inútil, los fantasmas siguen en el salón tan corpóreos como el centenar de familiares, amigos y periodistas que lo están repudiando. Concentra toda su atención en el agua que reposa en una copa de vidrio sobre el estrado.

Un hombre canoso y de voz cansina se acerca a declarar. Se sienta al tiempo que estruja una boina azul con sus toscas manos. Relata los hechos y la verdad va saliendo de su boca sin frenos ni reparos, el horror sobrevuela el establecimiento a medida que va contando. El escudo de plástico transparente se interpone entre el genocida y una bombita de pintura roja que tenía como destino final el cuerpo de Etchecolatz. Éste se inspecciona minuciosamente temiendo que ese color sangre haya alcanzado su traje, *al menos no me manché*, piensa regocijado y se da cuenta que tiene las manos impregnadas de esa asquerosa pintura. Saca un pañuelo, se restriega con insistencia, pero sin esmero. Unos segundos después abandona la faena. Por un instante creyó que la pintura roja había

manchado sus manos impregnadas de roja sangre. *Es difícil distinguir la pintura del espanto*, piensa, mientras una multitud de personas liberaba, entre emoción y alegría, el llanto provocado por la justicia.



## El huevo de la serpiente

El viento húmedo y salado le sostiene el cabello y empuja el vestido de bambula azul hacia atrás. El día está triste y frío. Una manada de nubarrones grises abraza la inmensidad del cielo y la lluvia es un hecho inminente. Camina con los pies desnudos por el borde de las rocas. A cada paso, un centenar de piedritas le presionan la planta de los pies y arremeten contra la piel para penetrarla, produciéndole diminutos cortes. Camina con elegancia de bailarina clásica. Despacio. Sutil. Camina con los brazos en cruz mirándose los pies. Observa el mar que está picado. ¿Quién vive allí? ¿Encontrará sirenas cantoras, barcos hundidos, tesoros perdidos? ¿Vivirán peces de ojos saltones y cuerpos coloridos y brillantes, medusas danzarinas, estrellas luminosas? ¿Será el mar el verdadero cielo y el cielo sólo un espejo? ¿O será una maldita farsa? ¿Un latón gigante lleno de agua y sardinas?

El vértice la excita, el corazón bombea alocadamente, la respiración se agita y la cabeza es un refusilo de pensamientos contradictorios. ¿Qué hacer cuando las certezas se nos desmoronan? ¿Lograremos mirarnos con la misma ternura de antes? ¿Podremos mirar sin resentimiento al que no sufrió? ¿Podremos poder? ¿Podremos querer? Y de pronto, le invade la imperiosa necesidad de reventarse el vientre, hacerse mierda en mil pedacitos, fragmentarse el útero hasta que no quede huella de esa atrocidad, de esa maldita abominación que crece en sus entrañas. ¿Cómo alojar un escorpión? ¿A la semilla del mal? ¿Al hijo de Caín?

La cabeza infectada de herrumbres y palabras asesinas la atosigan: *Putita, ese es hijo de todos nosotros...¿Y, zurdita? ¿te gustó como te llenamos la cocina de humo?... y ¡paf! la trompada en la cara, y ¡paf! la picana, y ¡paf! la bota en la panza, y paf y paf y paf... y la cabeza responde yo no soy un envase, yo no soy una habitación de nueve meses, ¡Yo no soy su puta!*, mientras el cuerpo inerte se precipita violentamente sobre las rocas picosas azotadas por el mar.







## La cicatriz

Juan se sienta en el cordón. Cansado, abatido, resignado. Se mira las manos como quien mira un punto inexacto en el cielo o un perro en la calle. Es una observación superflua, vana, sin sentido, hasta que divisa una pequeña rugosidad en el dorso de la palma izquierda. Sin entusiasmo se rasca, se frota esa ínfima imperfección para eliminarla sin conseguirlo. Lleva el pulgar derecho a la boca y lo humedece levemente para luego pasarlo por allí sin obtener el resultado deseado.

Ahora sí la observa minuciosamente y revisa su memoria sin obtener registro alguno de aquella cicatriz; ha de ser antiquísima y seguramente provocada en un hecho insignificante y sin trascendencia porque él recuerda muy bien cada una de sus heridas físicas, no así las del alma. Juan había elaborado un complejo sistema de represiones mentales que le ayudaba a negar ciertas situaciones emocionales de su vida y con el que podía pallear la ausencia de la felicidad plena.

Rasca obstinadamente hasta que de ella se desprende un puntito rojo, una sutil lágrima de sangre y lo entiende todo y un raro escozor le recorre la espalda: allí se había alojado una astilla, la madrugada del desalojo. La cabeza se le llena de herrumbre y los recuerdos lo atosigan, lo hostigan, empiezan a superponerse uno encima del otro hasta hacerse una maraña de confusión: el humo ennegrecido de las gomas escalando, anárquicamente, desesperado hacia el cielo, el carancho, los ojos lacrimógenos, los gritos, las corridas, el hambre, la sangre, la tierra, la bala, la bicicleta, la bota, la sangre, la desesperación, la sangre, la sangre, la sangre...

Y comprendió que aquella minúscula cicatriz en su mano, no era más que un átomo de la herida abierta que no paraba de sangrar el día en que aquella mañana una parte de él murió con la partida de Mario.

Lloró tristezas atrasadas, hundiendo el rostro en sus manos, intentando contener con ellas ese río indomable que se desprendía de sus ojos. Lloró por el desalajo, lloró por Mario, lloró por su papá, lloró por no permanecer en la memoria de Elena, lloró por la vida de mierda que le tocaba por haber nacido pobre... Ese llanto irrefrenable fue un alivio.

## Las murallas no existen

Tras un año de insistentes súplicas, el padre accede llevarla a prisión pero con la condición de que sería un secreto entre los dos y que por nada del mundo su mamá debía saber que esto había sucedido porque ambos conocían el recelo especial, tal vez influenciado y fogueado por la abuela, que tenía.

En sus 17 años de vida, Elena nunca había cruzado palabras con doña Salomé más que algunos tímidos saludos. Su comunicación siempre fue gestual, corporal. De niña, Elenita solía escaparse a esperar que el tren pasara para pedir un deseo o ver los lapachos rosados que acompañaban paralelamente las vías del tren, era allí donde iban y venían guiños y sonrisas con esa mujer.

Cuando Elena entró a la sala de visitas, le llamó la atención las paredes enmohecidas y descascaradas, carcomidas por el tiempo, la intemperie y la desidia: era un lugar realmente opaco y asfixiante. Sí, era esa la palabra justa: asfixia. Porque empezó a faltarle el aire y algo le oprimía el pecho, lo aplastaba; se sintió tensa, nerviosa; pensaba que no había sido una buena idea venir, ¿y si se enteraba su mami? se iba a enojar y ni hablar del escándalo mundial con bombos y platillos que haría la abuela. Pensó en volver tras sus pasos y decirle a su papi que se arrepentía, que mejor se iban a tomar un helado, y entonces la vio allí, sentada detrás de un mutilado mesón de algarrobo y se olvidó de todo lo que había pensado. Antes de acercarse del todo se detuvo un instante para contemplarla: tenía un jogging azul, zapatillas blancas y una remera apoliyada, pero era una reina con su cuello de cisne, tan elegante como siempre. *Le falta la flor enlazada en el pelo, pero sigue siendo hermosa*, pensó. Su sonrisa seguía siendo la misma, un poco más gastada, es cierto, pero con un esa luz innata que solía irradiar en aquellos tiempos donde se paseaba con los labios pintados, un vestido corto de lentejuelas y una inmensa magnolia abrochada en el pelo iluminando la noche.

— Traje Lemon Pie, bah, lo que queda de él – dijo mirando tristemente la bandeja con la tarta despanzurrada – perdón, pero la guardia la destrozó, tenía miedo que le trajera una lima, parece, pero era un Lemon Pie – y se ríe.

— No te preocupés, querida, la guardia no lo debe haber hecho de mala, es su trabajo, qué se le va a hacer. A veces una no elige lo que quiere... Igual es un manjar, estoy segura que lo vamos a disfrutar con las chicas.

— No sabía bien qué traer, la hice con mi papi...

— Está perfecto, Elenita; igual no hacía falta que traigas nada, tu visita es un regalo precioso – dice dulcemente doña Salomé – Don Alberto es un hombre muy dulce y se nota a leguas que vos sos igual.

— Gracias, doña Salomé, él me hizo pata pa' venir a verla.

— No me digas Salomé, hace mucho que no soy esa mujer.

— Perdón...

— Julieta, me llamo Julieta. Siempre me llamé así sólo que en algún momento la dejé dormir mucho tiempo. Estando acá leí *Romeo y Julieta*, sabés. ¿Lo leíste? Acá aprendí a leer mucho, no puedo parar; leo cualquier cosa que me llega a las manos, entonces, cuando recibí el libro *Poesías completas* de Idea Vilariño, que me mandaste con tu cartita, me puse muy contenta, aunque debo confesar que me causó gracia que una mujer pudiera tener ese nombre: Idea. Me fui por las ramas... Te estaba hablando de *Romeo y Julieta*, que es la historia de amor de dos personas que se aman mucho y están dispuestas a darlo todo por ese amor, incluso la vida. Es precioso. Ojalá hubiera tenido un amor así.

— El amor es complicado... bah, por lo poco que sé.

— A mí siempre me fue mal en el amor – decía Julieta mientras recorría con su dedo índice las múltiples grietas y surcos que poblaban el mesón – y eso que yo daba y dejaba todo cuando me enamoraba de alguien. Lo que pasa es que no tuve los mejores hombres, tuve malas experiencias, vos sabrás que...

— No doña Salomé... doña Julieta... yo...

— Decime Julieta nomás.

- Julieta, yo no la juzgo, no soy quien...  
— Disculpame, hace mucho que no tengo visitas y no sé bien cómo comportarme...  
— Ta' bien, ta' bien, no se disculpe.  
— ¿Tomás mates vos?  
— Ehh... Hoy es un hermoso día para empezar.

Elena y Julieta toman mates, charlan de amor, de la belleza de las pequeñas cosas y de libros y poco a poco se transportan a otro lugar, a otra dimensión, donde sólo están ellas dos y el zumbido de las moscas que no las abandonan en el viaje imaginario. Allí, lejos de esas murallas enfermas, Julieta le cuenta de su vida pasada, de su niñez y del arrepentimiento por lo que hizo, que había otras formas, otras maneras, pero que la situación la superó y ella estaba pagando sus culpas pero sobre todo estaba aprendiendo a ser libre y a amarse a sí misma. Mientras Julieta habla, Elena piensa que esa mujer que tiene al frente tiene el alma como ese mesón: agrietada, resquebrajada y herida, pero firme y serena para soportar los embates de la vida, esperando pacientemente el momento exacto en que su suerte cambiará.

- Antes de que te vayas, te quiero pedir un favor.  
— Sí, dígame.  
— Que vayas a la tumba de Mario y le leas esta carta ¿Podrías?  
— Sería un gusto.

Y justo cuando Elena se estaba yendo, Julieta dijo en tono maternal:

- *El árbol vuela, en el pájaro que lo deja, y ese pájaro hoy sos vos, Elenita. Gracias.*

Querido Mario:

*Al fin he perdido la cobardía. No es que me haya convertido en una corajuda, no, sólo que ya no hay miedos que me desvelen o me demarquen las fronteras. Toda mi vida crecí y actué con miedo, y creía que el mundo era una burla absurda de un Dios, que era un niño travieso con una inmensa lupa cerca de un hormiguero (las hormigas, obviamente, éramos los humanos). Sin embargo, y a pesar del miedo, siempre sonreía aunque no hubiera motivos, me los inventaba, la vida es demasiado dura como para soportarla triste. A esto lo entendí cuando llegaste a mí vida, de manera inesperada, iluminando de esperanza mi corazón. Creo que el único acto de valor rescatable fue cuando me hice cargo de vos, allá en las vías. Alguien te había dejado envuelto en mantitas y una colcha sucia cerca del murallón de rieles verticales, con un cartelito que decía "Hola, soy Mario, por favor cuidame". Con las chicas no supimos qué hacer: pensamos en llevarte a una iglesia pa' que los curas se hicieran cargo, pero ninguna era creyente y teníamos un innato rechazo a esa gente, y ni hablar de la policía con sus coimas y corruptelas. No había mucho tiempo para decidir y entre todas pensamos que la mejor opción era que te cuidáramos por semanas, en secreto, aunque en el fondo sabíamos que eso no duraría mucho tiempo, quisimos ser todas las madres que te faltaban. Así transitaste por casas y hogares improvisados, hasta que empecé a amarte de forma desmesurada y les planteé que yo te iba a cuidar. Fuiste el hijo que nunca pude tener, esa enfermedad de mierda que me comía por dentro, me había devorado la matriz y la ilusión de ser madre para siempre. Por eso, tu venida fue un regalo, una bendición, llegaste para darme cariño y despertar el amor que permanecía latente en mi alma y no lo podía sacar.*

*Sé que no fui la mejor madre, ni te di los mejores ejemplos, perdóname, no sabía hacer otra cosa. Crecí entre el espanto y la mugre, y hasta ahora, no había aprendido a ver la vida como en estos años, lástima grande que ya no estés aquí para compartirla y que este mundo me quede tan gigante sin vos. Intenté cultivar en vos la rebeldía y el amor por el prójimo, la lucha por un mundo mejor (ese mismo por el que peleaste y moriste) y la pasión por los libros y esas cosas que son imprescindibles para el alma, pero que no se pueden ver con el ojo humano, y creo que tan mal no lo hice porque después de todo te convertiste en un hombre mara-*

*villosa al que nunca dejaré de admirar y querer. Por eso, cuando te escapaste de casa en la adolescencia, harto de mi falta de fuerza por cambiar de trabajo, el mundo se me vino abajo y decidí largarlo todo y mudar de aires, renovar mis amistades, mi entorno. Así y todo no logré convencerte de volver y tuve que conformarme con tus visitas esporádicas a la casa del Raúl (tipo que tampoco te caía bien, si te hubiera escuchado, por Dios, qué diferente sería mi vida ahora), en esos días logramos conectarnos más, cada uno había madurado a su modo y dejamos de ser madre e hijo para pasar a ser amigos. Amigos, suena tan lindo, trae tanta hojarasca a la memoria que no puedo evitar que se me escape un lagrimón (aunque te prometí que no lloraría, no le daría el gusto a esos asesinos, a la injusticia, no, ni una lágrima hasta que todo se solucione y por fin puedas descansar en paz).*

*Siempre he pagado por adelantado y al contado las deudas del futuro y pensaba que así tenía que ser, y que los pobres teníamos que pagar al por mayor un servicio que nunca íbamos a usar, hasta que vos me enseñaste que nada está escrito, que nosotros somos los hacedores de nuestra propia historia y que a fuerza de coraje y voluntad las cosas cambiaban, sólo dependía de nosotros y la unión con los demás.*

*Voy a estar eternamente agradecida por tu amor, por tus palabras, por tus consejos, y voy a encargarme de que tu muerte no sea en vano y tu ejemplo se ramifique por todos lados. Desde donde estoy, sólo puedo viajar a través de los libros, así que esta carta te la leerá alguien más (ojalá pueda transmitirme lo que deseo decirte).*

*No sabés la falta que me hacés a mí, a Paula, al Juancito, al barrio, al mundo entero. Tipos como vos deberían sobrar, pero la vida es una cosa muy jodida y siempre suele emparejar las cosas pa' abajo, pero ya va a cambiar, ya lo vamos a cambiar, de eso estate seguro.*

*Tu mamita, que te ama mucho.*



*Querida Elena:*

*Un olor a tierra mojada entra por la ventana hasta alojarse en mi nariz y un aire húmedo me golpea los huesos. La lluvia me pone triste porque me trae la suavidad de tu piel; cada gota me abraza trayendo cada milímetro de tu piel, tu espalda arqueada, cada vértebra que recorre tu espina dorsal, tu abdomen, los lunares que decoran tu torso, tus piernas de pajarito, la perfección de tus senos, la benevolencia de tus nalgas, el sabroso y salado manantial que se aloja en tu pubis, los pies diminutos, la cicatriz en la pierna derecha, tu nariz, tus párpados, los exagerados cachetes, la humedad de tus labios, la profundidad de tus ojos. Te recuerdo y mis dedos se ponen tísicos, tristes, inútiles por no poder tocarte y mi boca es un pozo ciego de miseria y dolor.*

*Recuerdo cuando era chico, la lluvia me ponía triste porque no me dejaban salir a la calle, a jugar a la pelota, a perseguir coyuyos, treparme a los árboles, saltar sobre los charcos y esquivar la unión de las baldosas. De niño la lluvia obligaba a pasar las tardes recluso en el fastidioso aburrimiento en el que se convertía mi casa en los días de agua. Y ahora, de grande, la lluvia me recuerda, a todas luces, que sólo soy los escombros de lo que fui cuando aún podía acariciar tu rostro.*

*Hace rato salí de la obra (fui caminando, a la bici se le rompió la estrella así que estará inutilizada durante un buen tiempo) y decidí volver caminando a casa en medio de la lluvia, que caía finita sobre las calles. Cerré los ojos y sentí miles de agujitas impactando mi cara, la brisa fría besando mis mejillas, el viento estremeciendo mi cuerpo. Llegué hecho un pollito mojado y tal vez me sienta así, como un pájaro herido en medio de la noche, temblando en la fría oscuridad por la falta de luna, por la falta de tu amor... Solo soy un manojo células que se mueven y actúan por inercia, no hay nada que desee sin vos, te extraño, te necesito, te amo...*

*Juan.*

*El exilio es siempre una circunstancia no deseada, de repente uno está deambulando por el mundo escuchando lenguajes que no entiende, recorriendo librerías vetustas, o llorando en un parque. Compone versos tristes o esperanzados y la diferencia es mínima. Visita amigos, escribe cientos de cartas que no van a parar a ninguna parte y se da cuenta que en la patria no hay nadie y llamar es un acto infructuoso y uno llora, estruja la cara en las manos y estruja el alma contra la pared. Uno decide emprender la tarea de aprender nuevos signos, estrenar caricias tímidas, deshilar las agujas del reloj.*

*La patria me ha expulsado de sus entrañas, sutilmente mi patria me empujó a las orillas para desterrarme, de tus manos, de tu espalda, de tu sonrisa, y tus pechos. Porque hablo de la única patria que he conocido y a quién pertenezco: tu piel, patria de mis manos.*

*Sé que visitaré otras tierras y que extraños navíos desembocarán en tus costas. Tendré que conquistar nuevas tierras, asentarme, establecerme o ser un nómada errante.*

*Pero habrán aromas y gestos que me devolverán a la memoria la patria mía por la que tantas veces sufrí y de la que soy un exiliado involuntario. La patria de donde “nunca me fui porque siempre estoy volviendo”.*





## Carta de exilio

*Querida Elena:*

*Qué complejo es escribir a esta hora de la noche (hora dura, si las hay): donde los obreros enfilan sus bicicletas a la monotonía de las fábricas, los trasnochadores buscan desesperados un lugar donde prolongar sus andanzas, los panaderos preparan el pan, pero es la hora perfecta, también, en que la melancolía libera sus fantasmas para atormentar a los amorosos, a los desvelados por la pena, a los naufragos del amor. Los libera sin respetar patria ni religión, y ellos, con esas ganas putas de jorobar que tienen, nos clavan la desazón y la certeza de que estamos solos en la costilla que nos falta.*

*La verdad es que uno no debería enredarse en estas cuestiones y debería intentar superar lo que pasó, sería lo más sano: pero seamos francos, uno muy pocas veces suele hacerse caso y se sumerge en los elixires de la nostalgia. Uno se emperra obstinadamente en la dificultosa tarea del ojalá, del puede ser, del querer derrotar a los malditos molinos de viento por el sólo hecho (no hay otro motivo racional) de poder ver la sonrisa de la dulce y bella Dulcinea.*

*Esto que vomito sobre el papel en esta interminable noche, no tiene fines claros ni objetivos, es movido e incentivado por la ferocidad de las estrellas que brillan sin resignarse a su muerte; es motivado por los fantasmas que me acucian sin reparos, por tu ausencia. No puedo ni quiero concebir que ya no seas mía, que no podré amarte o estrecharte entre mis brazos, apoyarte en mi pecho, sentir el aroma de tu cabello.*

*¿Te acordás cuando éramos adolescentes y yo hablaba y hablaba y hablaba como un loco? Bueno, por estrategia, desesperación o pura torpeza (o tal vez una mezcla de las tres) por mi boca se desencadenaba un manantial de incoherencias verborrágicas que no podía evitar, sentía la irrefrenable necesidad de hablar y hablar para que no se instalara entre nosotros una infranqueable muralla de incomodidades producto del silencio, que me dejaría totalmente desnudo ante vos. Yo hablaba de la revolución cubana y de la tetona de la Dolce Vitta y tu silencio me*

ponía nervioso, hasta que un día comprendí que esa mirada callada, estaba plagada de signos, de mensajes, y aprendí a descifrar tus códigos, nuestros códigos, hasta que la palabra se convirtió en un complemento de éstos y nuestras almas fueron dos seres desnudos. Ahora, yo no sé qué hacer con esta lengua muerta, con estas caricias, con estas miradas, con estos besos...

Cuando entré en la pubertad, vi garabateada en una pared descascarada la frase "Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos" y me encantó. Poco a poco la fui olvidando o archivando en algún vetusto cajón de mi memoria hasta que un tiempo después de empezar a salir con vos, empezó a volver solita. En un principio la obvié y hasta tuve un proceso de negación, pero la muy bicha terminó ganando y consiguió que aceptara que era para vos. La frase de Cortázar, sin dudas, revelaba algo que yo sabía muy bien: que caminaba y me preparaba para un gran amor. Pero esto me generaba angustia, no tener certezas y la ansiedad me carcomían las noches... Andar, andar, andar... Caminé por muchos lugares, recorrí muchos caminos e intenté cultivarme, ser mejor, para que cuando encontrase ese amor, no huyera despavorido de mí. Evidentemente algo falló. Olvidé la frase, más por nostalgia que por descuido y la volví a encontrar cuando te besé por primera vez, en ese café de polillas y naftalinas. Comprendí lo que significaba.

Ahora que no estás a mi lado cualquiera podría pensar que esas palabras se vuelven obsoletas, vacías, sin sentido. Pero no, claro que no, para desdicha de los fiscales del universo. Porque vos sos Ítaca (como en los versos del egipcio Constantine Kavafis), por tus costas yo he hecho lo hecho y me convertí en lo que soy. Una vez te prometí, allá, en la vieja estación, de putas y facones, que te amaría toda la vida y que eras la primera mujer que amaba (y amo), y temiendo caer en la cursilería, seguramente nunca dejé de hacerlo.

Ojalá los vientos del destino soplen, en algún momento, nuevamente en nuestro favor y pueda encontrarte, puedas encontrarme, podamos encontrarnos con las mismas ganas que la primera vez, no me gustaría tener que desandar el hermoso camino que hice para llegar hasta vos.

Juan.

*Querida Elena:*

*Yo nunca vi el mar, pero si es como dicen debe desembocar en tus ojos, en la mirada limpia que me regalas en las mañanas, en el dulce estallido que se desencadena cuando unimos nuestros cuerpos, en el congelamiento de las agujas del reloj cuando rozas mi mano.*

*Me imagino cómo debe ponerse el mar en épocas de tormentas: el sonido de las olas azotando las piedras, electrizando el aire, como vos, cuando das un discurso y la sangre se arremolina en tu cuello y tu mirada encendida impacta de lleno en la retina de los demás provocando hecatombes, revoluciones, temblores en los estantes aletargados de la pasividad; porque cuando tu boca se abre, se desprende de ella una catarata furiosa de palabras revoltosas, de frases que van construyendo historias fantásticas donde no existen reyes, ni amos, ni mucho menos ricos, porque tampoco hay pobres, historias donde la única tragedia que existe es la pérdida del amor, aunque pensándolo bien, es la pérdida más importante; tu piel son costas de arena morena que alberga tesoros mágicos, vetustos cofres de pasiones y algarabías, donde uno podría reposar eternamente. Por eso es que, en tus ojos náufrago hasta encontrarte. La primera vez que te vi, tu inmensidad estalló en mi y no me alcanzaba el horizonte para terminar de verte... Yo nunca vi el mar, pero conozco tus ojos...*

*Juan.*

Juan:

*Hace mucho tiempo ya que me peleé con la almohada. Me paso las mañanas desvelada con unas bolsas horribles debajo de los ojos. Por las tardes funciono en piloto automático y por las noches, con la compañía de Ofelia, me pongo a rememorar viejos tiempos. Caí en la cuenta que hace mucho que no sé nada concreto de vos, a veces me llegan noticias aisladas, como que finalmente te instalaste en el asentamiento o que estás enredado en la organización del centro vecinal, pero nada más. Esa es una cosa que siempre me gustó de vos: esa entrega absoluta por el prójimo, esa voluntad de darlo todo por los demás sin medir costos, sin especular, ni un segundo, por alguna recompensa, reconocimiento o riesgo. Esos deseos innatos de revolución permanente que ibas regando por donde pasabas. “Un buen tipo no es aquel que no tiene problemas con nadie y que se lleva bien con todo el mundo, uno es un buen tipo cuando se mete por los otros aunque eso le genere problemas, que le duela el dolor ajeno, eso es ser buen tipo”. Nunca me voy a olvidar de esas palabras, tal vez en ese momento no había tenido real dimensión de lo que eso quería decir hasta que sucedió lo de Mario, y me hubiera gustado estar allí para acompañarte, para abrazarte y decirte que todo va a estar bien, que las cosas van a arreglarse, y que vos puedas llorar en mi pecho como yo lo hice más de una vez en el tuyo y abrazarte y saber que era yo la que te cuidaba ahora, la que te protegía mientras acariciaba tu pelo y te besaba la frente, pero no pude, no supe acercarme a vos.*

*El otro día fui a visitar a la madre de Mario, se llama Julieta, sabés. Está re bien la doña. Ella nos quiere un montón a los dos y creo que me gustaría ser su amiga, hay un aura muy linda en su persona, siempre me llamó la atención su sonrisa y yo pensé que después de todo lo que le pasó iba a haber algo de sombras en ella, pero no, está radiante como siempre, un poco más serena pero radiante como un sol de primavera. Charlamos mucho, es una mujer que sabe tanto de la vida... Me da pena que esté pasando por esta situación, pero me dijo, muy tranquila, que faltaba poco para que le den la condicional.*

*Ufff... Cómo me cuesta poder concretar una idea, hace como veinte renglones que escribo y todavía no te digo por qué te mando esta carta, evidentemente sigo teniendo esa manía de dar más vuelta que*

*perro para echarse. El pasado viernes estuve en la marcha en la plaza para pedir justicia por el asesinato de Mario y te vi de refilón, casi sin querer, entonces me hice la tonta y me puse detrás de unas señoras que llevaban unas pancartas para que no me vieras. Juro que intenté concentrarme en lo que nos convocaba en sí, pero no pude parar de pensar en lo que pasó entre nosotros. Sé que hubo culpas compartidas, pero yo me llevo la mayor parte: en ese tiempo estaba muy atolondrada, muy tonta, y no supe cuidarte, te traté mal y te lastimé de tantas formas que me avergüenzo de haber sido así con alguien tan dulce y bueno como vos. Mientras caminábamos en la marcha te vi agitar aquella bandera que decía “justicia” con la garganta en llamas, levantando enérgicamente el puño por el aire, alentando a la gente que te acompañaba, y te seguía como a un líder (sé que detestás que digan estas cosas de vos, perdón). Y después, cuando hubo un instante de calma, cruzaste miradas con una chica de pelo castaño y mochila colgándole en el hombro. No digo que fueron celos, no sabría precisar bien qué fue, pero algo dentro de mí se quebró y supe que no había dejado de amarte ni un segundo, solo me hacía la distraída.*

*Te extraño, no puedo evitarlo. Te extraño y eso, imagino, no es ninguna novedad. Te amo desde que somos niños así que supongo que es normal; sin embargo, extraño más los detalles: la impertinencia pública (impúdica) de tus caricias bajo el mantel en la cena familiar, el ronroneo que emitías después de las siestas o que me leas poemas bajo la parra de esa autora checoslovaca de nombre impronunciable (parecía que tenía veintisiete consonantes y dos vocales jaja). Ya sé, parece una tontera y pensarás “qué boba que sos”, pero no puedo evitarlo. Extraño tus impulsos emocionales (;sexuales?) que te llevaban a besarme en cualquier esquina, despertarme y abrir los ojos, que se impactaban con los tuyos, y tener la sensación de que me estuviste mirando dormir, custodiándome el sueño. Extraño el aroma que se desprendía de nuestros cuerpos recién amados, tu silbatina con las manos en los bolsillos por las calles, tus monólogos frente a la radio refutando la opinión de algún conservador, las cosquillas, los besos en la espalda y hasta extraño tus pantalones ridículos de corderoy bordó.*

*Ahora yo no sé si los vientos del destino estarán soplando en nuestra dirección para que podamos volver a encontrarnos, pero yo he*

*dejado de naufragar en islas sin playas y sé (siempre lo supe), por fin, dónde está mi Norte y hacia él voy contra viento y marea, porque mi Norte sos vos.*

*Ojalá sepas perdonar todas mis estupideces y estés soltero (lo dudo, sos un tipo excepcional y a nadie le cuesta trabajo enamorarse de vos rápidamente), o si estás con alguien, que a la muchacha de turno no la quierás demasiado y puedas aceptar tomar un café uno de estos días.*

*P/D: Ojalá siga siendo la perra verde de tu vida, como decías en ese poema que me escribiste bajo el sauce llorón.*

*Elena.*

*Soy un perro verde, eso está claro,  
condenado a divagar en los albores de  
la soledad, merodeando por la difusa  
frontera de lo incierto, de lo fortuito, con un  
calidoscopio entre los ojos.*

*De vez en cuando me hartó de mí mismo,  
me cansó de las pequeñas tragedias,  
de los minúsculos fracasos, de las  
tristezas imperceptibles, y me dan ganas  
de mandar al mundo, a todos, a la  
mismísima mierda.*

*Yo no sé cómo se hace pa' andar con tanta  
caricia lastimada, con tanta esperanza  
desesperada y tanto amor desprestigiado.*

*Se me van acumulando pequeñas  
miserias que me incomodan la sonrisa y  
me espesan la mirada. Pero te veo a vos,  
perra verde, desentonando entre el gentío,  
desheredando agonías, cazando rayitos de  
sol, desparramando alegrías y siento que  
el porvenir me guiña un ojo.*

*Me apresuro a inventar palabras o  
gestos para precipitar el encuentro, para  
forjar el beso. Aunque un beso, este beso,  
no signifique un contrato. Aunque un  
te quiero, este te quiero, no habilite un  
pagaré para que dejemos de ser islas y  
podamos formar un archipiélago para que  
esta soledad que nos ilumina no sea tan  
desolada.*





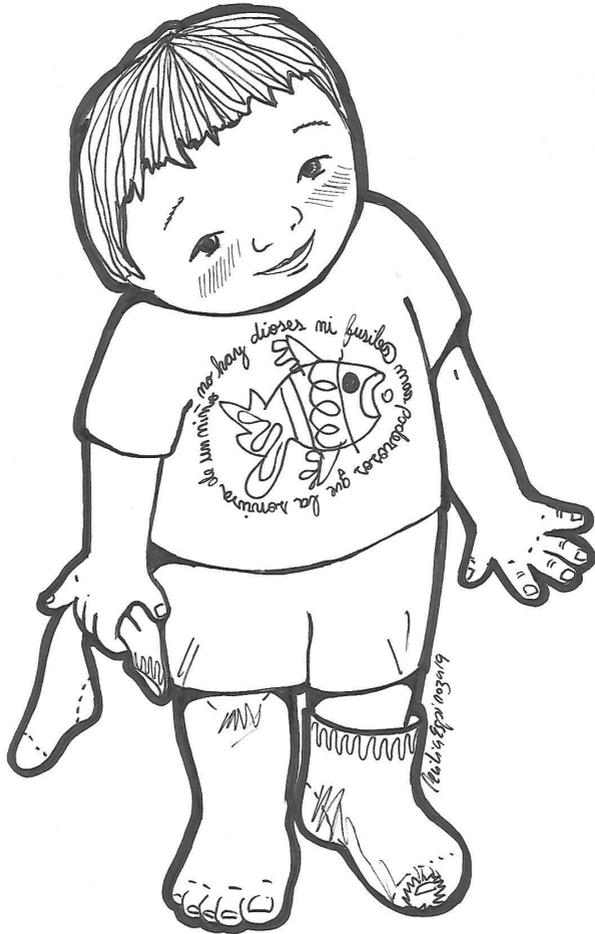
*Hay algo mágico en todo esto, no sé bien qué será, pero un rebaño de nubes viajeras, gordas, rosadas como algodón de azúcar, nos anda cuidando el camino. El sol y la luna acompañan nuestros pasos sin olvidar el as que guardamos bajo la manga: el arcoíris portátil. Como diría Juan, “por fin los astros conspiran en nuestro favor” y hay una positiva efervescencia nucleándolo todo. Las cosas se precipitaron de manera rápida, vertiginosa y finalmente hermosa: después de nuestra separación una vorágine de violencia nos apesadó las sonrisas, nos pinchó el alma, hasta que la lucha nos puso cerca y pudimos reconocernos y perdonar nuestras miserias de olvido y fatiga. O quizá fue como en aquella profética frase de Cortázar: “andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”. Tal vez necesitábamos separarnos, tomar distancia, para apreciar lo que éramos, para sentir la urgencia por el cuerpo del otro, la desesperada necesidad del alma ajena, que ya no es ajena, porque no son dos, sino una sola, y el inacabable deseo de unir nuestras miradas.*

*Nunca pensé que parir fuera tan doloroso y a la vez tan bello. La noche de luna nueva en que comenzó el trabajo de parto, Juan se aferró a mi mano y no la soltó más, y mi dolor fue su dolor y su paciencia fue mi paciencia y recordé la noche, al resguardo del sauce llorón, en que sembramos la semilla de este amor incipiente: mi vestido de hilo blanco con bordes de aguayo y firuletes dorados, la improvisada corona de flores, el agua del río besando las orillas, un par de grillos cantores destemplando el silencio mustio de la noche engalanada de estrellas que parpadeaban, los pocitos en la sonrisa de tu papá, el temblor de mis manos, la mirada cómplice y febril, y Juan confirmándome su amor eterno, regalándome una piedrita, como los pingüinos emperadores, blanca y porosa, y la unión de los cuerpos bajo el amparo y la custodia de la luna veraniega.*

*Hacia esa noche viajó mi mente la noche del alumbramiento, la noche en que decidiste escapar para ver el mundo con tus ojos... pensé en el placer, en el goce, en la alegría en que fuiste concebido para que, a este mundo incoherente y hermoso, llegues con la sonrisa ancha, en medio de buenas energías y mejores augurios.*

*Algún día, seguramente, leerás este diario y sabrás cuánto te amamos, y que tu bienvenida al mundo no fue mediante un bautismo cristiano, budista o protestante; tu bienvenida al mundo fue entre vinos y tallarines, entre amigos y familiares: estaba Paula y doña Julieta, tus abuelos, doña Memé, tus tías Flor y Ludmila y unos amigos del asentamiento (Ofelia también estaba presente, ¡ajo, eh!). Así ofrecimos tus pasos al sol y a la luna para que sepan guiarte y aprendas a querer al mundo y enmendar nuestros errores; tu papá te alzó desnudo a los cielos y te nombró por primera vez: “Mario, vos vas a llamarte Mario, como el amigo que luchó, peleó y partió apresuradamente”. Vos sos los sueños que simban el amor y la lucha, vos sos la obstinada rebeldía que siempre reverdea entre los escombros, vos sos la indómita esperanza que despierta nuestras mentes y aviva nuestros corazones, para que no nos rindamos, para que no nos resignemos, y para que la alegría de la palabra sea esparcida como el rocío en la penumbra, para que sepas que no hay dioses ni fusiles más poderosos que la sonrisa de un niño, y que todo empieza y acaba en una mirada.*

*Tus papis: Juan y Elena.*





## Otros pupos





## Josefina Carreras

3.

Abrazarte el cuerpo,  
acomodarme en tu hombro  
para tocarte con la nariz el cuello  
y estirar los labios para besar el olor de tu pelo.

Averiguarnos  
dulces,  
entrecruzadas  
sintiendo la sonrisa en los párpados cerrados.

Miradas con subtítulos  
abdomen contraído  
al ritmo de una canción  
de gemidos contenidos  
Expropias una pared para arrinconarme  
acariciandonos entre escalofríos  
tu respiración  
cerca  
entrecortada  
curva mi espalda

Quiero quedarme  
atrapada  
empalagada  
en esta secuencia filosa  
de nuestras lenguas de pétalos.

4.

se abrió un portal  
mágico en el respaldar de mi cama

donde todos ustedes,  
esa platea de seres inciertos,  
pueden ver por el hueco de mintimidá,  
sentados en 5 hileras de sillas, sin comunicarse entre ustedes,  
miran  
como tomo un mate lavado  
y muevo los pies entre las sábanas para sentir el 100 por ciento  
algodón

para ver si así entiendo como cambiar de funda.

Decidí construir una casita de sábanas  
para hacer como que no estoy,  
refugiar algunos recuerdos de la infancia  
y otros quemarlos en una fogata  
en el campamento de la protección propia

el mismo aire en ese espacio pequeño de estampados de  
payasos en bicicleta

me recuerda quien soy, respirarme un rato para no volver/ para  
crecer/ para dormir.

## Mónica Nieva

### Versos

Del corazón pungido  
nacen los versos.

Versos  
lanzados al aire,  
escritos con tinta o lápiz  
en renglones inciertos.

Versos  
que develan el alma,  
desnudan el sentir profundo  
de un mar de emociones.

Versos que recorren  
el cuerpo,  
la memoria,  
la sangre  
de nuestras humanidades.

Versos  
dichos a la luna  
como deseos  
a las brujas,  
que distraídas  
escuchan el pedido  
de los corazones errantes.

Versos sin destino,  
vagabundos  
por caminos inseguros,  
poblados  
de niebla densa,  
de resolanas tibias.

Versos que  
exorcizan demonios.

Versos nacidos  
en el corazón,  
muertos en tu lecho.

## El castillo de Eva

Recuerdo vívidamente esa época de mi vida. Era 1950, en las tierras entrañables de la caña de azúcar donde existía un castillo - o así por lo menos lo veía yo-. Se encontraba en mi provincia, tan pequeña en extensión pero repleta de gente, de Historia y de historias, de pobrezas y riquezas, hecha de sudores y de luchas.

Yo apenas tenía 6 años. Corría por los largos y relucientes pasillos, agitado de emoción; de la emoción de encontrarme entre sus anchas paredes. Desde mi escasa estatura, el edificio parecía alto e inmenso como castillo de cuentos. Disfrutaba de buena comida y cuidados afectuosos. Tenía muchos amigos para jugar, libros que leer y unas señoras que se preocupaban por lo que yo necesitaba. Gozaba de esos lujos que mi familia no podía darme. Me criaron mi abuela y mi tía paterna. Ellas trabajaban muchas horas en un taller textil y su paga apenas nos alcanzaba para comer y vestirnos. Mi madre me había abandonado recién nacido y mi padre era una presencia conflictiva y a veces vacía.

Visitaba cada tanto a la doctora de aquel castillo. Se aseguraban de que todo anduviera bien. Con alivio yo suspiraba porque mi corazón - grande, decía mi abuela- seguía comportándose.

Un día, al pasar por la dirección escuché que alguien hablaba acerca de un secreto a voces y se nombraba a la dueña del castillo. Eva Perón. Presté atención escondido detrás de la puerta, mientras mis compañeros estaban en clase. Decían que pronto visitaría Tucumán. Pensé con emoción que quizás la pudiera conocer. Por ella, yo estaba allí, viviendo un pequeño cielo en mi vida.

Un fuerte timbre y la voz de mi maestra me sobresaltaron: — ¡Marito! ¡Ya es hora de volver a casa! Tu abuela y tu tía te esperan en la puerta. Mi corazón - grande, decía mi abuela- se agitó por la fuerza de esa voz pero más por el descubrimiento. No conocía a Eva pero ya intuía su amor y su pasión.

Mientras me alejaba de la mano de mi abuela, miré las grandes puertas que como dos brazos me amparaban unas horas todos los días y lo harían por muchos años más.

A la mañana siguiente, me vistieron con mi mejor ropa. Mi tía me puso las medias y zapatos; peinó mi corto y tupido pelo negro hasta dejarlo prolijo y tieso.

Mi tía anunció que Evita llegaría a Tucumán y mi abuela agregó que era mejor mirarla de lejos. La gente se agolpaba sobre las escalinatas de la Casa de Gobierno y se empujaban por llegar a ella. Supe que en su anterior visita hubo muchos heridos y algunos muertos entre empujones y caídas. Ella lo lamentó mucho y apoyó a las familias que habían sufrido.

Pude ver solo su silueta a los lejos. No distinguí su rostro; era una pequeña figura rodeada de militares y funcionarios. Un fantasma parecía acecharla y su cuerpo se dibujaba débil, aunque su voz y su pasión eran poderosas.

Un año más tarde, viajé junto a mi padre a Buenos Aires y la volví a ver por televisión. La observé finamente vestida, con un rodete bajo, la tez blanca y juvenil y los labios rojos. Habló vivamente a ese pueblo del que yo era parte. Mi corazón y mi piel se estremecieron con cada palabra de esperanza. Le decían la abanderada de los pobres y sentí que eso era cierto.

El día que cumplí 8 años, el 26 de julio de 1952, me enteré de la trágica noticia: Evita había muerto. Observé sorprendido, cómo el amor de muchas personas conformaba columnas infinitas de dolor y pesar. Flores y lágrimas caían desde el cielo. El día se había puesto triste; el tiempo detenido parecía eterno. Fueron más de 15 días los que conté con mis pequeños dedos; lloré a mi señora Evita, a mi Santa Evita.

No lograba entender el odio de otras personas, que la insultaban y se alegraban de su muerte. “¡Viva el Cáncer!”. Pensé que ellos no habían tenido el privilegio de entrar en su castillo, que quizás ellos tenían sus propios castillos y no los querían compartir.

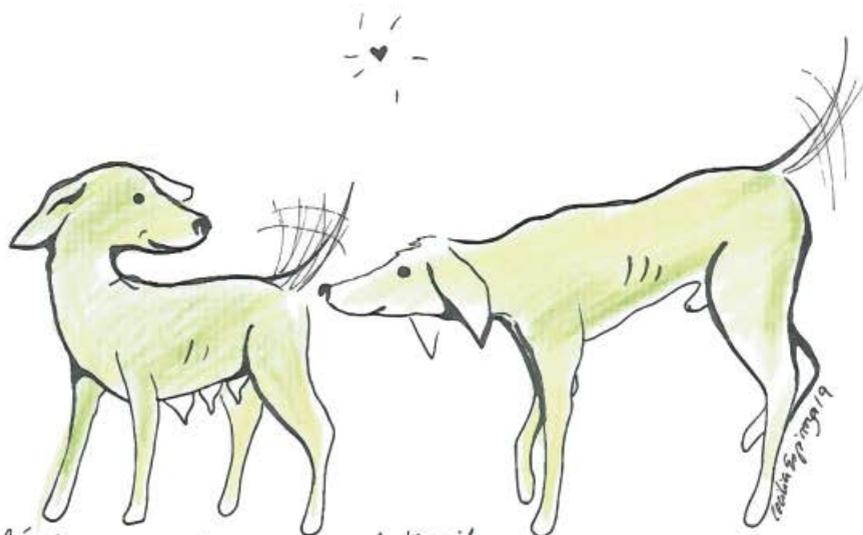
Ya adulto, leí lo que había escrito en su libro: “cuando un pibe me nombra Evita, me siento madre de todos los pibes y de todos los débiles y humildes de mi tierra”. Entendí mi propia historia. Ella había sido mi madre y yo su digno hijo.

# Índice

Prólogo	9
Pitos, pupos y escapes	11
Filosofía infantil	13
El ombligo	17
Pastas e Iglesias	18
El vestido del divino niño Dios	20
<i>Te miro a los ojos y no puedo descifrar</i>	
Feminismo temprano	23
La libertad	24
Los fantasmas de papá	27
La comprobación empírica de los fantasmas de papá	28
Elena, los príncipes encebollados y los sapos azules	29
El primer beso	32
Amar a las ofelias	33
La libertad en patas	35
<i>El sol juega a las escondidas</i>	
La sonrisa de la luna	41
El pequeño sol	45
El río	47
Los amores imposibles no existen	48
<i>Hay muchas frutas que te atraen</i>	
Me gustás mucho	53
Qué son las palabras	55
Jazmines bajo la luna	57
La Apacheta	61
La ducha	63

<i>Un pedazo de mí se queda en vos</i>	
De monarquías, lluvias y hormigas	67
Sólo queda la borra del café	69
El idiota	73
<i>Afuera llueve terriblemente</i>	
Doña Salomé	79
Mario	85
Juan	87
Paula	89
Mario y Paula	91
<i>Vengo de la pobreza</i>	
El choque	97
El juicio	99
El huevo de la serpiente	101
La cicatriz	105
Las murallas no existen	107
<i>Querido Mario</i>	110
<i>Querida Elena</i>	112
<i>El exilio es siempre una circunstancia</i>	
Carta de exilio	115
<i>Soy un perro verde</i>	
<i>Hay algo mágico en todo esto</i>	123
<b>Otros pupos</b>	
Josefina Carreras	129
Mónica Nieva	131

Esta edición de 150 ejemplares se terminó de imprimir en BonusPrint  
Luna 221 - CABA / Tel: 011-1540895542  
bonusprint@gmail.com  
Agosto de 2019.



...ojalá siga siendo la perra verde de tu vida...

el porvenir me guiña un ojo..

ISBN 978-987-96-1302-4



9 789878 613024